

XIII

El cólera

Oc. 16th., 1665. Thence I walked to the Tower; but Lord! how empty the streets are, and melancholy, so many poor people in the streets full of sores; and so many sad stories overhead as I walked, everybody talking of this dead and that man sick, and so many in this place so many in that...

SAMUEL PEPYS: *Diary*

La inquietud inicial de la minoría masculina, al tanto de las cosas del mundo, se propagó primero como un terror lleno de lágrimas, pero silencioso, entre las madres.

En voz muy baja pasó la señal de una familia a otra, entre las pudientes de la villa. ¡A los ingenios y las fincas! A llevarse todo lo indispensable para una temporada larga y sin contacto alguno con la ciudad. Ropa blanca, hojas para cocimientos, sahumerios, agua de colonia, velas para las ofrendas. Los más prudentes agotaron las existencias normales de cloruros. El alcalde intervino...

Un mayor fervor ante los altares domésticos dejó compensados en muchas conciencias el deslucimiento y la festinación de todos los actos religiosos: los más importantes acaso del año. La semana mayor sólo tuvo enormes concurrencias de pueblos, de gente pobre y esclavos, incapaces de advertir diferencias.

Entre las familias que no esperaban salir al campo, sin embargo, tampoco se habló demasiado de lo deslucido de las fiestas.

Los muchachos sintiéronse como enternecidamente avasallados. Nada de dulce, ni de visitas extraordinarias a la cocina; nada de reuniones con los otros amiguitos: ¡ni la inocente vueltecita de la tarde siquiera, con la criada! Y al menor gesto de fatiga, o exceso de llanto, o bostezo interpestivo: cura y purgantes.

Más de un hogar aceptó su disolución provisional. Las mayorcitas con aquella familia, los varones con sus parientes, en otra finca. La madre, heroica y resignada, a quedarse en la ciudad junto al esposo, médico o funcionario, renuente a huir.

«¡Al campo, al campo los que pueden!»

Los que pueden llevan consigo muy poco servicio. Los más indispensables entre los más jóvenes y sanos. Los mulatos claros tienen la preferencia. La plaga se ceba en los negros, en los africanos. La maldición que cae sobre la raza inferior: aquellos abortos del infierno, origen de todo mal para las señoras cristianas y blancas...

Los preparativos, en tanto, llevan días y días. Y llegan más noticias de la capital, de las que sólo hablan en la noche los mayores, entre sustos y consuelos mutuos. También el padre ora en el altar de la casa antes de acostarse. Y toda la noche arden cirios. Hasta que — ¡al fin!— llega la mañana de la partida para la finca o el ingenio, al romper el alba y sin bullicio ni alegría. En la casa sólo quedan esclavos. O alguna parienta pobre, que no tiene miedo.

Comienzan a oírse recomendaciones de valor y de serenidad. No se debe dar pábulo al tener popular con la huida en masa. El mal ataca lo mismo en la ciudad que en el campo. Al que Dios tiene señalado, a ése le dará de todos modos. En ningún convento de la capital ha entrado la plaga.

A fines de abril, cuando llegaron fidedignas noticias de cuatrocientas muertes diarias en La Habana, la huida hacia el campo juntó en un mismo día en el camino del valle, antes de la salida del sol, a gentes que no se habían visto unas a otras en varias semanas, a pesar de la íntima amistad que llevaran como siempre entre ellas.

—¡Cómo! Yo las hacía a ustedes en el ingenio...

El miedo alteraba en las mentes la noción del tiempo.

—¿Y tu boda?

—No sé...

Los novios hallaban dificultades con sus papeles. Otros, por el contrario, sorprendían a sus amistades:

—¿Sabes que Joaquinita y Manolo se casaron y salieron para el Camagüey enseguida?

Hablaban de todo los afortunados fugitivos, menos del motivo de su éxodo. Y ya con la alegría de la espléndida mañana de abril metida en el cuerpo, fuera de sus pupilas la visión de la ciudad condenada a muerte, cada bifurcación de camino y consiguiente despedida devolvía a los rostros y a las voces su animación de otros tiempos. Rápidamente se formaron proyectos de reunión y de fiesta. Por san Juan, por san Pedro, por Nuestra Señora del Carmen... Ni los más optimistas hablaron de las fiestas de mayo.

Por el mes florido, consagrado a María, la villa vio grandes solemnidades religiosas, a pesar de todo. En contraste con el vacío de las naves centrales, reservadas a los privilegiados ausentes, el pueblo invadió los templos. Multiplicáronse los cirios, las promesas, las penitencias voluntarias. Los ministros del Señor todopoderoso sintieron caer sobre sus hombros humanos el peso de una responsabilidad y de un trabajo físico extraordinario. Y los cepillos se hicieron de repente más pesados también, con monedas de plata y de oro.

Arreciaron los calores. Como todos los años, los médicos observaron el aumento gradual de malencias del vientre. Y a cada pequeño pánico del inicio, siguió un prurito nervioso de cuidar y exhibir los convalecientes. Nunca parecieron tan poco numerosos los casos fatales.

A principio de junio llegaron noticias consoladoras. En La Habana se daba en firme por vencida: un solemne *The Deum* en la catedral lo consagraba así oficialmente. Y en ello coincidieron las cartas del señor alcalde mayor y de don Lorenzo de Pablos, para quien el excelentísimo señor conde de Villanueva, oponiéndose a las cuarentenas, había estado siempre en lo justo. De las víctimas dejó de hablarse, como después de una batalla ganada.

Pero la plaga seguía su camino, tierra adentro de la isla. Don Pedro, apoyado en una escasa mayoría del cabildo, prohibió las carreras de caballos a lo largo de las calles de Maceo y Gutiérrez. Trinidad debía pasarse sin esas fiestas de los Juanes y los Pedros: los días de mayor alegría popular del año... Y de mejor mercado para los peninsulares, dueños de todos los comercios de la villa. La fiesta militar del Corpus se limitó también a las ceremonias más indispensables, sin marcha de tropas ni doseles en las calles. No hubo reuniones públicas ni familiares; no hubo bailes ni juegos...

El pueblo, mientras tanto y con la lentitud de sus medios de percepción, fue impregnándose de terror. Un terror difuso, frente a una amenaza mucho más espantosa que la muerte misma, a que en definitiva se concretaba en bien precisos términos el pánico de las gentes cultivadas. Un terror de rebaño asustado, ante algo desconocido, cuyos origen, forma y naturaleza apenas comprendían. La plaga, la peste, el cólera..., los vocablos nada decían a la memoria ni a la experiencia de los innúmeros infelices que formaban acaso más de las dos terceras partes de la población.

Sobre los espíritus en que el terror era como un estado habitual, la idea de la muerte desató los frenos de todas las supersticiones. Aros y esclavos diéronse a hallar relaciones entre los actos y palabras más

sencillas y los decretos impenetrables del destino. El graznido de una lechuza, la vista de un gato, el movimiento de un sillón vacío, impulsado por el aire; los ladridos de algún perro lejano, la rotura de alguna pieza de la vajilla, o de un espejo: todo interrumpía los movimientos y preocupaciones habituales de la vida, acelerando los latidos del corazón y alterando la voz, la mirada o el asimiento de las cosas con temblores y extravíos incoercibles. Se vieron redivivas personas desaparecidas mucho tiempo atrás del mundo de los vivos. Al pasar de un cuarto a otro, a pesar de todas las precauciones y de llevar luces, viéronse espectros de hijos lejanos o muertos, de padres y hermanos perdidos en naufragios, viajeros que nunca retornaran...

Don Pedro Sánchez afirmó en vano que Caniquí había desaparecido: los pescadores siguieron viéndolo por el camino de Casilda, y en muchos hogares se discutió con repugnancia y horror la creencia, entre los criados cada día más firme, que Caniquí entraba todas las noches en la casa de la calle Real, por una ventana... La vieja casaca adquirió un nefario prestigio que obligó a muchas devotas personas a un largo rodeo, antes que pasar por su cónoda acera. A medianoche, según se repetía y no siempre para negarlo, se oían voces y quejidos extraños. De la negra anciana, que todo el pueblo conocía como bisabuela del temido réprobo, nada se sabía de firme en mucho tiempo. La habían matado y enterrado en el patio, según unos; y según otros aún vivía, pero loca: en su locura hablaba de cosas que a don Lorenzo de Pablos —o a su esposa, según el dicente fuera de uno u otro sexo— no convenía divulgar. Terribles secretos del pasado de don Lorenzo, según los hombres, o de doña Celia de Arriaga, según las mujeres. Entre los esclavos, *nemine discrepante*, ma Irene seguía enterrada en un hoyo, hasta los hombros. Lo que ella sabía podía costar la vida repetirlo.

Llegaron noticias fidedignas de Villaclara. Don Pedro Sánchez supo que Caniquí, perseguido estrechamente por el vecino don José Hernández Visiedo, que organizara una partida de hombres bien armados y decididos a acabar con el audaz bandido, había sido herido por éste, y mortalmente, en un encuentro. La muerte del bandido, empero, se daba por segura. Todos los hombres de la partida, después de perseguirlo a trabucazos y de notar rastros de sangre en el trayecto del fugitivo, lo habían visto despeñarse y rodar al abismo, en una quiebra profunda de los montes Escanbray. El señor alcalde mayor dejó de pensar por todo un día en el cólera, para imprimir a la buena nueva la mayor publicidad posible.

En la imaginación de las regadas no hizo mella alguna la noticia. Treinta años atrás se había dado también muerte al Indio Martín, famoso bandolero de principios del siglo, a quien se atribuyera la extraña predilección gastronómica de las lenguas de vaca. Aún se repetían los nombres de sus víctimas: doña Catalina Velis, don Francisco Ruiz, don Tomás Farfán. Y todavía se hallaban restos de reses, sacrificadas sólo para anancarlos el manjar codiciado. El Indio Martín, más allá del tiempo y de la muerte, seguía aterrorizando a los campesinos. Por cerca de Vueltas, a lo largo del arroyo de Aguas Azules, Caniquí hubo de perder su nombre y fama propios para ser el espectro del Indio Martín.

Y en la imaginación exacerbada de las gentes de la villa, la leyenda del Indio, Caniquí y el cólera, formaron una extraña trinidad infernal...

Los blancos también dudaron.

De la madre patria, en septiembre, llegaron apremiantes órdenes de celebrar con toda pompa la proclamación de doña Isabel Segunda, reina y señora de las Españas. El rey había muerto ya, y se retardaba la noticia de su muerte, o moriría irremisiblemente en breve plazo. Se había perdido toda esperanza de alargar su vida hasta alcanzar algún acuerdo con los prohombres del partido carlista. La guerra civil sería una lucha de muerte...

Entre el elemento oficial de la villa, la proclación se impuso como alarde de fuerzas, en defensa propia. Los insurgentes propagaron con eficacia abrumadora sus alarantes pesimismo: el trono imperial de España se venía abajo. Y con la proclamación de la república en la madre patria, la isla de Cuba se vería pronto libre de su gobierno militar despótico, como plaza sitiada.

A despecho de la amenaza de la plaga, algunas familias regresaron de sus fincas. Se hizo acto sospechoso la ausencia de las fiestas...

Una tarde de octubre, en la fatiga de los preparativos para la gran solemnidad, don Pedro Sánchez recibió la visita del doctor Bernal. Hablaron confidencialmente breve rato los dos hombres. Y la palidez y nerviosismo del visitante transmitióse instantáneamente al visitado.

—¿Qué hacemos, doctor? —interrogó angustiado el alcalde.

—La verdad, don Pedro —respondió el médico—. Proclame usted la verdad, que está y estará siempre por encima de todas las cabezas, coronadas o no...

—Pero... ¿está usted seguro?

—Forma azul y álgida, con predominio de síntomas digestivos — repitió el facultativo, como hablando a solas, para desvanecer sus propias dudas—. Color violado sobre la boca, en las muñecas, las axilas y las piernas: diarrea lechosa, hi po, calambres, borborigmo... Fui llamado escasamente a las tres horas de iniciarse el ataque. Y nada he podido hacer, don Pedro. Harto escasos andamos de todo para malgastar en un caso desesperado, de un viejo esclavo, el poco de amoníaco o de acetato de morfina de que disponemos...

—Pero, ¿qué quiere usted que haga? Ya sabe usted lo que significan estas fiestas. En toda la isla los preparativos son extraordinarios. La misma desconfianza general, la falta de fe en lo que estamos haciendo todos, sugieren la exageración y el alarde. Hay más de diez mil duros en donativos para las fiestas...

—¡Mientras para luchar contra la muerte apenas se han reunido mil!

—Ahí tiene usted la condición humana...

—Los hombres no somos sino lo que nos hacen, don Pedro. ¡En esta vida horrible de nuestra desdichada tierra lo que nos hace imbéciles, idiotas, ciegos para las realidades, mientras nos jugamos la vida a cada instante por mentiras ridículas, importadas de Europa!

—Sea usted prudente, doctor... Detrás de esa puerta nos acechan. Recuerde que yo también soy nacido en Cuba...

Tres días duraron las fiestas.

Te Deum solemne. Descargas de fusilería y marcha de tropas por calles engalanadas de rojo y oro.

En el templete, construido en la plazoleta de Paula, lucieron los retratos de Sus Majestades, entre espejos y cortinas de damasco prestados por las primeras familias. En los intercolumnios pendían bombas y arañas de cristal, cuyas luces multiplicábanse en los espejos. Sobre la cornisa de la entrada principal se veía un grupo en el que se representaba abierto el Libro de las Partidas, y marcada en él la ley segunda, título quince, partida segunda, sostenida por la matrona España, con el escudo de las armas reales. A otros lados, bustos del almirante Cristóbal Colón y del valiente Hernán Cortés. El templete en figura elíptica, sobre doce bellas columnas de orden jónico, forradas de azul cristina y tres entradas, bajo sendas inscripciones.

Una: «A la serenísima señora doña María Isabel Luisa de Borbón, jura y aclama por princesa heredera del reino el pueblo trinitario.»

Otra: «El ejército, dispuesto a derramar la última gota de su sangre en defensa de los derechos del Rey, nuestro señor, y de su augusta descendencia.» Y un lema: «Valor, unión, lealtad.»

En la tercera, un lema: «Paz, abundancia, prosperidad.»

El gran baile oficial fue en la noche del tercer día. A lo largo de los tres de las fiestas, el pueblo cantó, bailó y jugó sin tasa. En algunas bodegas de los barrios pobres, mal preparadas para el magno evento, agotáronse las existencias del *fuerte*, el aguardiente preferido por las negradas, por sus efectos rápidos...

De una pequeña casa de la calle de la Media Luna, en tanto, donde residía una señora viuda, con seis hijos de todas edades y dos esclavos viejos para todo el servicio: restos del naufragio de una familia rica de otros tiempos, los vecinos horrorizados supieron que a medianoche, durante esos tres días de júbilo popular, se habían sacado misteriosamente hasta siete sarcófagos. El hijo mayor había regresado pocos días antes de un viaje. Y él, todavía enfermo, y la hermanita menor, sacada a tiempo de la casa por alguna persona caritativa, eran los únicos supervivientes de la familia.

El gran baile oficial fue en la noche del tercer día. Para sus concurrentes y en sentido inverso a la irresponsabilidad de los pocos años o de la escasa inteligencia, las tres horas que el señor teniente gobernador obligó a los demás, con su presencia, a permanecer en el flamante templete, fueron las más angustiosas de la trágica farsa. El rigodón, con las mentes empavorecidas, agravó con el de la humillación los sentimientos aristocráticos y versallescos de sus organizadores. Y se pensó que pudiera tomarse a desacato tal desastre social, cuando en cualquier fiesta de familia criolla un rigodón, en la villa de Trinidad, no tenía nada que envidiarle a los del propio palacio real, en Madrid. Pero a despecho de las excitaciones, de las amenazas enbozadas y de la equívoca mano abierta circunstancial en el reparto de las invitaciones, la verdad fue evidente: la concurrencia no sólo había sido escasa, sino abigarrada, muy diferente a las de las grandes fiestas sociales de la villa.

Esa misma noche —y algunas señoras como estaban vestidas para el baile, con algún abrigo encima— huyeron otra vez de la ciudad, precipitadamente, muchos súbditos fieles de la nueva reina.

A la misma hora, y en el cementerio improvisado por la prudencia del cabildo, un grupo de negras sotoras móviles, a la luz amarillenta de un farol, daba sepultura con la misma precipitación horripilada a seis

fantasmas rígidos, envueltos y atados en blancos telajes y chorreando cloro...

Al día siguiente eran pasadas las diez de la mañana y por las calles de la villa, aún engalanadas, apenas se veía la ornitorífica silueta e alguna devota camino de la iglesia o de vuelta de ésta, con un paso forzado, contrario a la curva de sus espaldas, como de gente que se sabe perseguida. Los lecheros, con sus vacas al paso, y los vendedores ambulantes, con sus burros y carritos, lanzaban sus pregones contra las puertas y ventanas cerradas de una ciudad desierta. Abríase alguna puerta, cuando así sucedía, con misterioso silencio. Y con la misma premura, recibida la mercancía, volvíase a cerrar. La plaga, según se había oído a alguien, nacía en las emanaciones de la tierra, en el aire, en el peso de la atmósfera, en la electricidad. Se sospechaba cierta relación entre las contracciones del cuerpo cólico y los desubrimientos científicos sobre el fenómeno conocido por *galvanismo*. La influencia de los cometas y de los astros eran también de tomarse mucho en cuenta: se hablaba de una «lluvia de estrellas» que se observaría en el cielo antes de fin de año... Todas las conversaciones discretas, en voz muy baja, de la noche anterior, retenían a las gentes en sus aposentos o dentro de sus casas, temerosas hasta del contacto del aire...

El vientecillo tibio de aquella mañana de octubre, en tanto, tenía algo nuevo con que jugar en las calles de la villa, muy ajeno a los terrores de sus habitantes. Eran los millares de papelitos blancos, azules y verdes, profusamente distribuidos durante las fiestas, con décimas impresas, en loor de la Reina:

*Virgenes bellas, púdicas matronas,
venerables ancianos, niños tiernos:
poblad el aire de las cinco zonas
de cantares, acordes y supernos:
pues la sállica ley yace rasgada,
y el tiempo vuelve, de la edad dorada...*

En la casaca de la calle Real, la cuarentena particular de doña Celia, contra las murmuraciones de la villa, produjo un efecto inesperado: sólo don Lorenzo participó de las angustias populares, ante el avance de la plaga. Y dudando siempre de la eficacia de la alarma, prefirió callar y mantenerse firme antes que unirse con los suyos al éxodo de los criollos ricos.

Y así fue como la madre, desprevenida ante el peligro verdadero y obsesa por su horror al escándalo, tras de la vuelta del esclavo rebel-

de, decidió resueltamente que ella y su hija permanecerían en la ciudad. La plaga, para ella, no era otra cosa que el ridículo pretexto una y otra vez repetido por Mariceli o por los esclavos, en el patio grande, cada vez que los sorprendía —a la primera con Rosario y a los negros entre sí— hablando en voz muy baja, con las cabezas juntas, las cejas enarcadas en alto, las bocas entreabiertas: ¡como ella no podía soportar que las gentes platicasen! Desde harto temprano en su vida esas conversaciones en secreto connotaron calumniosos y gratuitos ataques para su orgullo legítimo de mujer honrada y fidelísima esposa. Del cólera no tenía ella idea definida. Ni tenía tanto a la muerte como a la falacia de las gentes. Hasta el propio santo sacramento de la confesión le repugnaba. Pasaba junto a las devotas en confesión de prisa, volviendo la cabeza...

Del patio de esclavos, donde la aterradora amenaza hizo fácil presa. Mariceli recibió por Rosario todas las alarmas y fantasmagorías del miedo popular. Su mejor sentido de la realidad, su fe religiosa y su egoísmo peculiar de ser infortunado, en tanto, hiciéronle, con lo increíble de las supersticiones, desvarios y puerilidades que le repetía Rosario constantemente, rechazar mucho de la terrible verdad. Tuvo en un momento la idea de algún castigo divino. Sintió la revelación por cuenta propia, aunque tantas veces la propia Rosario se lo sugiriese. Y desde entonces le fue fácil dominar sus temores, si oyendo de la proximidad de algunas víctimas —allí en el callejón del Guarabo, a pocos pasos de su ventana— su instinto de conservación la traicionaba. Como en la historia sagrada, la epidemia sacaría la tierra trinitaria de la mala yerba. El juicio de Dios tenía que ser justo, como era irapelable.

No obstante su fe, Mariceli fue cediendo poco a poco al pánico. Las campanas del convento no cesaban de lanzar al aire, comprimiéndolos dentro del triste caserón, sus fúnebres tañidos. Y a no podían contarse los cinco toques con que se anunciaba la muerte de un hombre o tres si al alma que acababa de regresar al seno del Señor era de una mujer. Las campanas comenzaban a doblar a las cinco de la mañana, con el amanecer, y apenas se interrumpían un momento, hasta el Ángelus, para anunciar las misas. Incapaz de concentrar su atención sobre cualquier trabajo, Mariceli calculaba en suspenso la terminación de la misa... y casi exactamente con su angustiada expectación recomenzaba el tormento de las sonoras campanadas. Rezaba y volvía a rezar por el alma de las víctimas. Junto a ella, en el rincón del aposento, doña Celia y Rosario rezaban también. La capilla nueva le inspiraba ahora inconfesado horror, con la voz de ma Irene, al otro lado de la puerta clausurada, mezclando en sus confusas oraciones los santos cristianos con sus dioses bárbaros.

Ajena a cuanto sucedía a su redor, la vieja esclava hablaba casi constantemente con los fantasmas de su pasado. Prohibido el paso a los demás esclavos, como hubo de establecerlo el amo, Rosario era su única asistencia. Ma Irene la desconocía ya y la llamaba por todos los nombres que su memoria nebulosa sugería. Así la oyó Mariceli una mañana, acusándola otra vez de hipócrita, «mosquita muerta», perdición de los hombres. Elegiría vendría por ella, la arrastraría por los cabellos, trocaría en negra y leprosa su piel blanca y rosada, y en el infierno los demonios negros le clavarían fierros ardiendo. La voz temblorosa de Rosario la defendía de aquellos horrores, acusaba a la apúa de ingrata y multiplicaba la amenaza de tormentos infernales para cuando le tocase comparecer con su alma cargada de remordimientos, y ya irredimible, ante el Señor.

Más de una vez corrió Rosario en busca del ama para decirle que ma Irene había muerto. La anciana, efectivamente, parecía estar cerca del fin. Aventurábase en el oscuro aposento, impregnado de un hedor insoportable, doña Celia y su hija; oraron más de una ocasión por el alma de la esclava... y otra vez huían, contra sus buenos sentimientos, al oír un extraño bisbiseo en sus labios, o columbar un movimiento inesperado en sus ojos, ya como opacados por la muerte.

Don Lorenzo, ausente casi todo el tiempo, en la actividad ininterrumpida de sus negocios, supo así un día que su vieja nodriza no daba señales de vida en varias horas.

Entró en la habitación, perceptiblemente emocionado. Dijo algo que doña Celia oyó como una acusación. ¿Por qué se tenía a la infeliz esclava en aquel abandono? Aquello era un foco de infección. Sería un milagro si en la casa no caían todos como chinches...

Permaneció un momento junto al cuerpo inanimado, sin pronunciar una palabra. Después se inclinó, tomó en sus manos el brazo flácido de la anciana y buscó en vano el pulso. Abrió con sus dedos uno de los párpados cerrados. Y volvió a quedar inmóvil por un instante, con la actitud inconfundible del supremo respeto.

Al cabo, retrocediendo algunos pasos, se volvió hacia la puerta.

—Dame alcohol, Rosario —ordenó.

Y después, ya en el patio, a su esposa, mientras se restregaba las manos, dispuso lo que había que hacer.

—Que nadie la toque, ni entre en ese cuarto. Cuando vengan unos hombres, Rosario, que entren sólo ellos. Y vuelvan enseguida a cerrar la puerta, hasta que vengan mañana a limpiarlo...

Quedóse como en suspenso, ante madre e hija:

—¿Por qué no os vais para el ingenio? ¿Qué hacéis aquí?

—Esperaba lo que tú resolvieras —alegó débilmente la madre.

—Pero Rosario viene con nosotros —apuntó Mariceli.

—¡Ea! Alistarse y que Domingo las lleve... Yo tengo que salir mañana con el alba, pero llevo otro ruido.

—¿Ahora mismo? —preguntó doña Celia, alarmada tal vez más por lo imprevisto del viaje que por la misma proximidad del peligro.

—Como quieras. Pero lo mejor sería no perder tiempo. Bastante imprudencia ha sido la de permanecer hasta hoy en Trinidad. El pueblo entero es un cementerio. No se ve un alma en las calles. Y ya quedan apenas tres médicos vivos. La gente se muere en la calle, sin que se encuentre quien se lleve a enterrar los cadáveres. Esta mañana, en plena calle Gutiérrez, he visto caer a un hombre blanco, peninsular probablemente. La gente huyó de su lado, en vez de auxiliarlo. Me acerqué a él y lo vi ya pálido —de terror probablemente—, sentado en las piedras de una acera, con ambas manos en el vientre y vomitando. Le pedí en vano que me dijera a quién avisaba... Creo que es un dependiente de la mercería de don Antero Puig. Estuve junto a él escasamente un cuarto de hora, esperando a un negro a quien mandé por el doctor Bernal, y determiné marcharme, porque me pareció que ni el negro ni el doctor vendrían nunca. Toqué en la casa, creo que es donde vivía Tomás Rosado, y no me respondieron. ¡Ni un alma a la vista, en más de quince minutos, y aquel pobre infeliz agonizando en medio de la calle!

Las campanas del convento, resonando con ensordecedora fuerza dentro de la casa, interrumpieron el relato. Doblaban a muerto otra vez, después de una hora escasa de silencio.

Don Lorenzo, con el rostro contraído, apretó los puños todavía empapados de alcohol, en un ademán desesperado de impotencia. A su lado, el frasco aún destapado en sus manos temblorosas, Rosario esperaba anhelante la respuesta olvidada a la pregunta de su amita. Mariceli buscaba sostén junto a la persiana del patio, la frente apoyada contra el dorso de sus manos crispadas. Doña Celia, las suyas cruzadas sobre el pecho, parecía orar. Las manos de los cuatro expresaban mejor que sus rostros la pavora del instante solenne. La muerte les salía al paso: los tenía acorralados. Doña Celia calculó el esfuerzo de la fuga y renunció a intentar la siquiera.

—Mañana nos iremos. Por un día...

—Como quieras —concluyó el padre—. Al cabo, da lo mismo. Don Juan Echenique y su mujer se salieron del baile de la proclamación antes que el gobernador. Por la tarde, se les había muerto un esclavo. Estaban en la fiesta como locos. Se les notaba el terror en la cara: doña Inés parecía una muerta. Huyeron del pueblo tal como salieron del templete. Y no sólo cayeron ellos al día siguiente, sino que llevaron consigo el mal, y en la finca creo que no queda nadie con vida. En el cafetal de Juan Francisco Ibáñez, que linda con la finca de los Echenique, mataron a tiros a unos esclavos que huyeron espavoridos y fueron a refugiarse allá...

—Estamos en tus manos, Señor —musitó doña Celia—. ¡Hágase tu voluntad!

Del labo de la calle, el tintineo argentino de una campanilla, en contraste con las sonoras campanadas del convento, reclamaró la atención de los cuatro.

—¡La majestad! —exclamó la esclava. Y corrió hacia los aposentos para volver casi inmediatamente con un cirio en las manos, mientras los aros echaban a ardar hacia la sala.

Era la tercera vez en el día, que pasaba frente a la casa de la calle Real la triste comitiva: el sacerdote, bajo palio, llevando la extremaunción a algún moribundo. Cuatro honores, a los lados, llevaban sendos faroles con cirios encendidos.

Dos veces regresó Rosario con el suyo al aposento, para encenderlo. Volvió al cabo, lo dejó en las manos de doña Celia, ya arrodillada, junto a Mariceli, detrás de la puerta, y abrió el postigo de ésta justamente a tiempo de caer a su vez de rodillas y murmurar una oración. El viático pasaba en aquel momento. Y parecía llevar prisa: el sacerdote marchaba a zancajadas, sin la imponente majestuosidad de costumbre.

Don Lorenzo vaciló unos segundos... y dobló al fin la rodilla, persignándose.

Después, como irritado, pidió su sombrero y salió a la calle.

Desde su cuarto, donde fue a dar sin voluntad y sin pensamiento, Mariceli oyó algún tiempo más tarde, en la saleta-comedor, una serie fácilmente inteligible de ruidos. Se llevaban el cadáver de la vieja esclava.

Fue a la persiana de la calle y atisbó hacia afuera. Aún quedaba del día una dudosa claridad, mayor siempre que la del cuarto. Cuatro honores —cuatro sombras escuálidas de esclavos— cargaban un ataúd —una caja cuadrilonga de madera, sin pintar—, callejón del Guarabo abajo. Los goznes de la puerta cochera, chimirando junto a la esquina del cuarto, avisáronle que para la casa de la calle Real la vieja ma Irene era

algo terminado. A lo lejos, el ataúd simuló un insecto gigantesco cuyas patas encogieron paulatinamente hasta desaparecer en un recodo del callejón.

Cerca de las nueve de la noche, la campanilla del viático, volvió a paralizar los movimientos de las tres mujeres, ocupadas en llenar un baúl de ropas y objetos diversos. El eco se alejó, empero, en vez de aproximarse. Y reanudaron su tarea, silenciosamente.

Después de las once, como en noches anteriores, la calle adquirió una periódica animación de apagados ruidos, al paso como del mismo grupo de hombres conduciendo siempre la misma caja oscura, cuadrilonga. Y más abajo de la sombra larga y rígida, iluminados por la luz de un farol, ocho, diez, doce: muchos pies terrosos y deformes, aplastándose contra la piedras del arroyo. Detrás de ellos sus sombras confusas proyectábanse en la oscuridad, a un lado u otro de la calle, subiendo y bajando al rítmico avance del farol.

Desde su cuarto, a través de la sala, Mariceli fijó la vista en las anchas espaldas de su padre, inclinado sobre su escritorio y al parecer trabajando, a la luz de un candelabro.

Sintió el impulso inusitado de allegarse a él. El ejemplo de serenidad en aquel naufragio, de su aterradora resignación ante la muerte, devolvió unidad y entereza a su espíritu. Rosario y su madre, silentes todo el tiempo y de cuando en cuando inmóviles, demudadas, de un lado a otro con la misma pieza de ropa o el mismo objeto en las manos, sin saber qué hacer, antojáronsele espectros, como si ya no pertenecieran al mundo en que ella pensaba todavía y trataba de entender su situación, acosada por las sombras.

Desistió de su impulso, sin embargo, y concentró su atención mejorada en la incoherente empresa del baúl. Se oyó su voz complacida. ¿Para qué llevar tantas cosas? En la casa del ingenio había de todo. Esto o aquello nada más: lo indispensable.

Evocó de súbito la inusitada locuacidad de su padre aquella tarde. Volvió a él la vista, instintivamente, y le advirtió con la cabeza entre las manos, en una actitud bien perceptible de exasperación. Un dolor agudo se clavó en sus entrañas. Sintió un escalofrío y buscó apoyo en las columnas de la cara.

—¡Mariceli! ¡Hija mía!

—¡Mariceli! ¡Amita querida!

Una extraña idea le surtió voz al aborde del abismo:

—¡Madre! ¡Madre! ¡Que no me entierren enseguida...!

Aún oyo gritos, ruido.

Despertó varias veces, a lo largo de una noche interminable. Su conciencia, nebulosa al principio y como renaciendo a una realidad indefinible, fue esclareciéndose poco a poco.

Percibió al fin la claridad incierta del nuevo día. Y entendió al doctor Bernal, que hablaba a sus padres.

Ausencia de síntomas característicos. Esperar. Por el momento no había nada que temer...

Volvió a dormirse, para despertar sobresaltada. La casa debía de estar llena de gente. En la calle se oían voces también.

—¡Ma Irene ha vuelto! —le espetó Rosario, espantada.

—Ma Irene ha vuelto... —repitió ella maquinalmente.

—Está en el patio. ¡Viva! Llamó a la puerta. Viene del cementerio. La gente le huye, pero viene detrás de ella. ¡Ahí están, en el patio! El amo los echa y no quieren irse. Ma Irene se abraza a la señorita llorando: «¡Yo ta biba!», grita. «¡Yo ta biba, miana!» Dice que anoche despertó en el cementerio y que esperó hasta que le abrieran. Yo le juro, niña, que a mí me parece otra. Conoce a todo el mundo, habla como si tal cosa. ¡No está loca, niña Mariceli, no está loca! Pregunta por su mercé, por Francisco, por todo el mundo. Pero como yo se lo estoy diciendo, sin una sola de sus cosas raras...

Mariceli repensó su última idea de la noche anterior.

—¡Bendito sea Dios! Es el miedo que tengo, Rosario: que me entiendan viva.

—Su mercé no se muere, amita de mi alma. Su mercé no lo tiene. El médico lo ha dicho. Su mercé no se muere...

Y en un arrebato de cariño se lanzó sobre ella y la besó en las manos, en la boca, en todo lo que halló donde plantar sus labios. Después se apretujó contra ella, en el lecho, y siguió hablando atropelladamente. Si su amita moría quería morir con ella y que las enterrasen juntas...

Así las halló doña Celia: abrazadas y mezclando sus lágrimas en una resignación dulce, casi jubilosa; transidas de suprema y recíproca temura, bajo el hechizo de una muerte nueva, de una muerte que había dejado de inspirarles miedo. Sus almas, tan maltratadas en la vida, acababan de hallar una emoción desconocida en aquel instante de abnegación y sacrificio, de compenetración, de amor humano.

Volvió ma Irene Quirós y no a su tumba en vida del último aposento de sus años, sino a su viejo taburete de cuero: su trono de princesa mandinga vendida a los malvados blancos por algún esposo o hermano traidor a su sangre, traidor a Obatalá y a sí mismo. Volvió a su trono, bajo el umbroso plátano, rodeada de humildes y pávidos oyentes, que sorbieron como en éxtasis cien veces, con la iteración capitosa, rasgo de su raza pueril, el relato pintoresco de su resurrección.

El pueblo olvidó su medrosa dispersión y acudió en masa a la casa del milagro. Don Lorenzo, asustado por la tremenda responsabilidad de haber mandado a enterrar a una criatura con vida, los dejó invadir el trapatio. Mandó asear y vestir de limpio a la resucitada y él mismo fue a felicitarla, sinceramente complacido de su *resurrección*. El milagro lo limpiaba de culpa.

Doña Celia dividió sus cuidados entre ella y su hija. La cordura y buen juicio de la anciana era el verdadero milagro para ella. La resucitada era otra vez la esclava humilde y afectuosa, casi un viejo familiar de la casa. Su preocupación era la niña Mariceli. Ni una sola vez la oyó incurrir en los temidos desvaríos de su largo encierro. Por todos sus antiguos compañeros de servidumbre preguntó, como si volviese de un largo viaje. Y ni una alusión al réprobo se escapó de sus labios.

La nueva del milagro, entre tanto, siguió atrayendo incrédulos. Las pocas familias blancas que aún quedaban en la villa enviaron disimulados emisarios, para cerciorarse de algún modo.

Don Lorenzo se alarmó al fin y mandó cerrar el zaguán a todo el mundo. La casa de la calle Real recobró pronto su silencio.

Y en la imaginación popular se duplicó su prestigio misterioso, incentivo irresistible a todas las cavilaciones.

Cuando rendidos por las emociones del día disponíanse a descansar, la campanilla del viático vibró de nuevo en la calle.

Audieron doña Celia y Rosario, por la ventana de la sala, con su cirio encendido.

Pero la comitiva se detuvo en la puerta...

Interrogaron, espantadas.

El diácono, como entontecido por la fatiga y el sueño, sólo acertó a explicar que se le había hecho imposible venir antes. Había estado en la calle todo el día.

El aviso –recordó doña Celia– se había enviado la noche anterior, cuando el desmayo de su hija. Don Lorenzo, irritado, despidió

al ministro auxiliar del Señor con irreverentes comentarios para su sagrada misión.

Se alejó el viático en silencio. Los contados testigos de la extraña escena, desde la calle, preguntáronse en vano qué podía haber sucedido. En la casa, sus quejas y opiniones enredaron a los padres de la enferma en una viva discusión. La madre sostuvo que debía haberse admitido siempre el sacramento: ella estaba segura que Mariceli lo habría recibido gustosa. Don Lorenzo, cansado de sofrenar su violencia habitual de carácter, vituperó el sacramento mismo, calificándolo de inhumano. La infeliz criatura, que no estaba atacada del mal, no habría resistido quizás la imponente ceremonia. Rosario, bajo su forzado silencio y a pesar de su profunda religiosidad, agradeció al amo sus palabras.

Y arrodillada entre ellos, con lágrimas en los ojos, se lanzó resueltamente al desacato de implorar la paz.

Ella obtuvo, sin embargo.

Cuando quedaron solas, doña Celia, afectuosamente, la levantó del suelo.

Fueron, de tácito acuerdo, junto al lecho de la enferma.

Mariceli dormía profundamente.

XIV

Lluvia de estrellas

*El empeño de entender es la primera y única base de la virtud.
Quien ame verdaderamente a Dios no puede esperar que Dios lo ame a él.*

SPINOZA: *Ética.*

—¡Aunque sea trece! —rugió el amo al caer en cuenta del nuevo obstáculo para la partida—. ¡No faltaba más sino que en esta coyuntura se perdiese otro día! Mañana salen... ¡así se acabe el mundo!

La joven, aunque débil por la dieta rigurosa, se sentía ya bien. Al pedir otro día de reposo antes de huir para el ingenio, más que a la sugestión supersticiosa de Rosario cedió a su pereza de criatura sedentaria. El padre, por todo lo contrario, sufría en la inacción de tantos días, acorralado por la muerte en la plúmbica calma de su hogar y con sus siembras en la hacienda de Guinía desatendidas. Por un escrúpulo de conciencia había permanecido junto a su mujer y su hija: ¡bastante negra era su fama ya, para cargarla con la imputación de haberlas abandonado a su suerte en aquel cementerio de la villa! Someterse a sus necesidades no tenía por qué hacerlo.

A la hora de la cena —frugal y desabrida, como la imponían las circunstancias—, doña Celia no pudo pasar la sopa. Disimuló su malestar, sin embargo, y hasta sugestionó al esposo contra aquel pollo y aquellos plátanos cocidos que confesó él tener hasta la cornilla.

Mas al siguiente día —trece de noviembre—, con todos los preparativos para la partida en orden, un incoercible ataque de vómitos, con violentísimas convulsiones, aniquiló de un golpe su voluntad con su conciencia. Cayó como fulminada por un rayo, mientras sumaba precauciones para que la enferma —su hija— no se expusiese a alguna recaída con el viaje...

Mariceli –mientras el padre, profundamente deprimido, instruía a un esclavo para traer al doctor Bernal a la carrera, donde quiera que fuera preciso ir a buscarlo– saltó, con súbita transformación, de su pasividad mimoso de enferma, envuelta en chales y abrigos, a la ardorosa aplicación de todos los remedios conocidos y afortunadamente predisuestos en la casa.

La poción antiemética; los vejigatorios con paños empapados en amoníaco; el cocimiento blanco, con diez gotas de láudano; los sinapismos; las lavativas de almidón...

Y las fervientes oraciones incesantes, unas veces sin palabras y otras casi en alta voz, entre las órdenes y tristes comentarios, acompañada por Rosario.

El doctor Bernal, demacrado como la misma enferma, llegó al fin, cerca de las cinco de la tarde.

Halló bien lo hecho, examinó con harta ligereza a la paciente y quedó después ante el lecho largo rato, sin gesto ni ademán expresivos de otra cosa que de su propio malestar.

–¿Qué nos dice, doctor? –preguntó al fin don Lorenzo.

El hombre, olvidado del médico, habló de sí mismo... Al lado de su casa vivía un carpintero: un mulato libre, llamado Fidel de la Caridad. La epidemia lo tenía trabajando día y noche, en la construcción de ataúdes. Y el muy condenado estaba alegre, encantado de la plaga... Pero a él no lo dejaba dormir con sus canciones y sus martillazos. En toda la noche había pegado los ojos.

–Y desde las seis de la mañana estoy en la calle –prosiguió al cabo de un silencio, sin percatarse de la impaciencia de sus oyentes–. ¡No puedo más!

Se dejó caer en un sillón.

–¿Cómo la encuentra usted, doctor? –interpuso la hija.

–Y aún me espera una llamada de casa de los Garmendía –continuó el médico en la suya–. Ayer se les murió una tía, hermana de doña Carlota. De casa de los Derchi también me dejaron recado esta mañana: ¡no he podido ir! Cuando llamó vuestro criado acababa yo de echarme en la cama a descansar un rato. Usted perdone, don Lorenzo, pero...

–Está bien, doctor, dejemos eso... Pero dígame, por favor, dígame la verdad...

El doctor, con una seña desvaída de cabeza, abriendo los ojos, pidió discreción. Los ojos de la enferma denunciaban su terrible ansiedad por escuchar también la sentencia...

— Vamos a ver , vamos a ver —repitió el médico, reredándose a sí mismo en sus dichosos días normales—. No hay que asustarse por tan poca cosa. El miedo hace estragos terribles: los vómitos, el desvanecimiento. Pero todavía no tenemos nada que temer .

Y volviéndose a la hija, desconcertada y sin saber a qué atenerse, ensayó un alarde de serenidad.

—Ya veo que eres tan buen médico como yo. O mejor. Ahora voy a darte una receta, para que la mandes a buscar enseguida. Suspende el cocimiento blanco y dale en su lugar eso que te mandarán de la botica. Y hasta mañana...

Al despedirse de ella, tratando siempre de quitarle importancia a su visita, la enferma le retuvo su diestra entre las suyas.

—¡Cuidemela, doctor, como si fuera hija suya! —musitó volviendo sus ojos a su hija.

—¡Cuidarla! —exclamó él, en su papel—. Ya ve usted cómo la sacamos de la cama: a la fuerza. Los mimos suyos es lo único que la pierde...

—Gracias, doctor, gracias —añadió ella—. ¡Usted me entiende a mí... y yo lo entiendo a usted! Gracias... Perdóname, cuando me recuerde, todas mis manías, mis majaderías de madre y esposa sin ventura. Vine al mundo a sufrir...

Una explosión de sollozos, simultánea en la enferma, Rosario y Mariceli, permitió al médico añadir unas cuantas palabras perfunctorias de confortamiento y salir enseguida, siempre despidiéndose «hasta mañana».

Don Lorenzo, fugitivo desde que iniciara él su salida, lo esperaba impaciente en la sala...

Pero apenas en el estrechón de manos y el cambio inteligente de miradas los dos hombres preparábase para afrontar la dolorosa realidad, Mariceli surgió entre ellos.

Era inútil seguir mintiendo, sin embargo. Un esfuerzo enorme, además, para su fatigado espíritu. Y el doctor Bernal no ocultó más su opinión:

—El pulso es normal dentro del estado crítico. Pero el caso está perfectamente claro y definido: forma algida, adinámica. Dentro de poco un estupor completo. El final tardará aún varias horas, pero ella no se dará ya cuenta... Por encima de todo, la voluntad divina, que puede tener reservado otro milagro. ¡La esperanza no debe perderse nunca! En peor estado los he dejado yo, para encontrarlos mejorados al día siguiente. Sí pasa bien la noche, será buena señal...

Junto a la puerta de la calle, forzada Mariceli a retirarse antes de abrir la el padre, hubo oportunidad de añadir, algo, de hombre a hombre:

—Acaba usted de oírme. Sólo queda el milagro, del que los médicos no podemos prescindir, pero usted sí. La verdad es que yo no encuentro nada que hacer aquí. Llame usted al doctor Luzuriaga... si es que aún vive. ¿Se ha dado usted cuenta cabal de la situación? Quedamos cuatro médicos: Luzuriaga, Hernández, Pontón y yo. Y Barceló, el flebotomiano, que es otra epidemia él solo... Le ruego muy encarecidamente, don Lorenzo, que no me haga venir durante la noche. Vendré mañana temprano, si usted no manda otra cosa...

Don Lorenzo, anonadado, lo despidió con algunas palabras mal hilvanadas, parte de alguna lubricación tácita. Quedóse por un rato en el umbral de la puerta, agradeciendo la frescura de la brisa y como rehaciéndose a hurtadillas y con prisa, antes de rentrer en la casa. A izquierda y derecha, a aquella hora del crepúsculo, la soledad de la calle Real lo ayudó a vencer su dolor propio, con la impresión abrumadora del dolor de los demás.

Saliendo de la casa, por la puerta cochera, una silueta de mujer hincó su atención con una punzante sorpresa: ¡Mariceli a aquella hora en la calle, y sola!

En vano trató Rosario de explicárselo. La moribunda pedía exclusivamente al padre Remigio, para su confesión y último sacramento. Muy santo y natural. Y hasta que fuese la hija en busca del sacerdote, bien considerado, nada tenía de extraño...

Don Lorenzo de Pablos, no obstante sus razones propias descubrió ese instante algo insospechado, ignorado estúpidamente por él en su hija. Mariceli, saliendo sola en busca de la paz espiritual de su madre, por aquellas calles desiertas, donde el espectro de la muerte parecía rondar, reunía con un gesto final los múltiples detalles de su verdadera personalidad, apenas advertidos por él durante el día. Su idea de una niña tímida, despavorida, incapaz de cualquier serie de actos encaminados a un fin, exigentes de algún esfuerzo de voluntad y de coherencia mental, lo avergonzó como una prueba de su vejez, de su adocenamiento: su más deprimente preocupación desde algún tiempo atrás. Sus energías ya no eran las mismas. Las ganancias de cada año tampoco. El último, con la pérdida de la «Cándida» y la voracidad de sus «buenos amigos» del gobierno, que le arreglaran su comprometida situación ante aquellas odiosas comisiones reguladoras de la trata, había sido desastroso. El 33, que comenzara con la amenaza de la peste y un acentuado azolvio en los negocios, había sido un

año sin lluvias, ardoroso; de bichos, epidemias y muertes en masa, lo mismo entre las cepas, árboles y animales que entre los esclavos y las personas blancas... Ahora la muerte le arrebató a su buena compañera, la sufrida mujer que viviera a su lado veintitrés años — toda su vida— sin darle, en puridad, ni un motivo de queja. Evocó el recuerdo de sus años mozos, cuando la presencia de la hermosa habanera en Trinidad levantara desmesurado revuelo entre los petimetres de la villa. A pesar de sus ojos hundidos, de su color violáceo, de los cabellos grises, de los surcos hendididos por los años en la frente y sobre la boca, aquel rostro —más de un cadáver que de un ser todavía con vida— trasuntaba fielmente para él su espléndida belleza de los tiempos felices...

Dejó el aposento de la enferma y se encerró en sus habitaciones. Y sólo cuando se consideró seguro, como si se dispusiera a trabajar en alguna liquidación laboriosa de ganancias y pérdidas, repasó todas las peripecias de su duelo y se echó a llorar sin freno, si con menos lágrimas de las que temiera y deseó para su calma en vano. Su pañuelo en tiras, el pisapapelhigroscopio y el pozuelo de polvos de sandaraca, estrellados contra el suelo, aliviáronlo un tanto de su aridez lacrimal.

Tampoco su hija, serena y coordinando amorosamente movimientos y palabras, ora en atención de las indicaciones del sacerdote, ora aupando y confortando a la enferma, tuvo lágrimas imprudentes en sus ojos, ya rojos e inflamados de no haber dejado de verterla en todo el día.

La triste ceremonia produjo una profunda impresión en su ánimo. Era la primera vez que se enfrentaba con la muerte, sin exaltación solitaria y sin las sacudidas del pavor de los otros. La muerte como el final inevitable de la vida, préstamo del altísimo, y el tránsito a un reino de justicia y de amor, donde su madre con toda certidumbre entraría incólume. Oyó las últimas recomendaciones de su madre al buen padre Remigio sin la congoja de unas horas antes, cuando hiciera otro tanto con el doctor Bernal. Amonestó a Rosario con una severa mirada, por un sollozo incoercido, cuando el ministro del Señor colocara la sagrada forma sobre la lengua amarrada del ara; y con una señal terminante —primera expresión, en toda su vida, de su autoridad racial y social sobre la esclava— la obligó a salir en el solemne instante de la unción con el *oleum infirmorum*.

Al despedirse, después de una breve plática con ella, los dos de pie, en el umbral de la saleta a la sala, el padre le reiteró sus excusas por el incidente de dos noches atrás. Eran tantos los buenos cristianos a quienes Dios llamaba a su seno en aquellos días terribles, que todos sus auxiliares tenían que administrar los sacramentos. El caso estaba sabiamente previsto, en los cánones. Y el infeliz diácono responsable del error había tenido un día de trabajo abrumador. Había amanecido enfermo...

Así entró la joven en conocimiento del percance, para no dejar de pensar en ello durante el resto de la velada, incapaz de esclarecer el sentido del hecho, tal como sus presentimientos se lo anticipaban.

Oyó todas las horas. Cerca de las cuatro se sintió la única despierta en la casa. Su padre se había retirado a las tres. Rosario, a despecho de sus funambulísticas cabezadas, conservaba siempre el equilibrio en su silla, y dormía todo el tiempo. Ma Irene, como una sonora, asomaba de cuando en cuando la cabeza por la puerta de la saleta, preguntaba por la enferma y desaparecía de nuevo.

Asustada por la prolongada quietud de su madre, Maricelli se acercó al lecho, se inclinó cautelosamente y comprobó que aún vivía. Reposaba en actitud normal, tranquilizadora, y su respiración parecía regular. «Si pasa bien la noche será buena señal», había dicho el médico...

Creyó evidente la posible mejoría y tuvo impulsos de gritar su gratitud al altísimo, dispensador de vida y muerte. Le fue imposible permanecer como hasta entonces, en acecho. Dejó el aposento y fue a sentarse en un sillón de la saleta, junto al arco del patio. Allí pudo orar con más libertad, a media voz, como se lo exigía su fervorosa esperanza.

—¡No te la lleves, virgen santísima!

En la oscuridad de la saleta, el trozo de cielo que enmarcaba el patio se le hizo más azul, más luminoso y cercano. Enderezó su invocación a un astro rutilo, como un diamante enorme, que fulguraba sobre los demás:

—¡Sálvala, gran poder de Dios!

Bisbeó otra serie de oraciones y volvió a su diálogo libre con el cielo:

—Déjame! ¡Déjame vivir... y llévame por ella! ¿Por qué ha de ser ella? ¿Por qué no fue a mí? ¿Por qué me dejas en esta vida de tinieblas...?

Ante sus ojos, nublados otra vez por gruesas lágrimas, dos maravillosas exhalaciones simultáneas rasgaron el azul profundo del cielo, dejando dos grietas de luz, que desaparecieron al instante. Su

pensamiento quedó en suspenso, anodino: como si con la misma velocidad del meteoro hubiese andado ella en el tiempo.

Nb. Nunca había visto una exhalación tan viva ni tan persistente en el espacio. Y el misterio atrayente de su subitaneidad, su victorioso escape a todo examen humano, su fulgor intenso: todo en el fenómeno celeste había llamado siempre poderosamente su atención.

Con rapidez pareja a la del astro en fuga, su pensamiento —liberado de la realidad— zigzagueó en su memoria.

Noches del ingenio. Casilda. La Popa. Excursiones al campo. Juan Antonio junto a ella, al paso en libertad de sus cabalgaduras... «Pídele a una estrella fugaz lo que más quieras»... «Yo no creo en eso: ¿y tú?» «Tampoco, pero ya ves: lo hago.» «¿Qué le pides?» «No sé: no me dan tiempo.» «Es que no sabes lo que quieres.» «¿Y tú?» «¡Yo les pediría que me quisieras, que me quisieras mucho...!»

Creyó oír un leve ruido, detrás de ella, y volvió la cabeza.

La puerta blindada del zaguán, entresbierta, dibujaba en la oscuridad una franja vertical, de azul opaco...

Pero ahora... ahora era ma Irene, que pasó cerca de ella, sin verla, metió la cabeza por la puerta del cuarto, pareció desistir o se informó con Rosario, y desapareció conforme había surgido, dejando oír solo el roce rítmico de sus pies descalzos, sobre las losas del piso.

La franja vertical, de azul opaco, se borró en lo negro.

¿La vio realmente así, la noche que en vano quería olvidar: que debía olvidar?

Caniquí, de todos modos, conocía su secreto: su pecado mortal, de aquella noche de jueves santo. Caniquí era inocente y purgaba por ella, maldito y perseguido, como un alma en pena... ¿Habría muerto realmente? Era la tercera o cuarta vez que por muerto lo daban. ¡Y volvía! Le disparaban tiros, lo veían ahogarse, veían su sangre, rodaba a los abismos... ¡y volvía! Acaso Caniquí no era un ser humano... Su sombra podía ser un aviso del poder divino para ella. Ma Irene, que la acusaba, resistía a su largo cautiverio, ¡resistía a la muerte! Y su pobre madre, que impidiera su entrada en el convento, estaba señalada por el dedo del destino, para morir. El santísimo sacramento había estado en su puerta: ¡por ella misma! Pero, ella como Caniquí y como ma Irene, tenía vedado el eterno descanso... mientras su penitencia expurgatoria permaneciera incumplida.

Examinó una y otra vez cada una de las señales y su encadenamiento lógico. La conclusión venía en línea recta, a través del tiem-

po, desde sus inquietudes místicas de la adolescencia hasta aquel instante...
¡Acaso fuera ella también inocente, como Caniquí, y condenada a penar por el pecado de la tía Asunción!

De un punto imprecisable en el cielo, entre las estrellitas titilantes, se desprendió de súbito otra raya luminosa, verde, oblicua, brevísima.

—¡Ilumíname, Señor! ¡Salva a mi madre y te prometo hacer una penitencia la más dura y terrible que mi cuerpo resista! ¡Sálvala y me arrastraré de rodillas, hasta la Popa; dormiré sobre clavos el resto de mi vida, me haré azotar en público, gritaré mis pecados, me iré desde mañana a cuidar enfermos, a los barracones de la Boca, entre los apestados! ¡Sálvala y me someteré a las más terribles pruebas! ¡Castigaré mi orgullo, el de mi padre, el de mi raza! ¡Iré a buscar a Caniquí y haré lo que él me mande: seré su esclava! ¡Me haré azotar, desnuda...!

Sus últimas palabras, musitadas como todas las demás, sin intelección reflexiva, rentraron en su mente como una gran ola nueva que aplasta y devuelve a la orilla el torrente impetuoso de la resaca.

—¡Me haré azotar desnuda!

Se iluminó otra vez el firmamento sin que su mirada, en suspenso por el torbellino interior de su emoción, le reportase impresión definida del meteoro.

—¡Sálvala: que la salves quiero y me haré azotar desnuda! —barbotó, contrayendo la garganta y apretando los dientes para no gritar.

Las grietas verde-luz era ahora como machetazos, dados por un brazo invisible en la cortina de la noche. Y junto al rasgón que se cerraba se abría otro, para cerrarse a su vez.

—¡Sálvala! ¡Salva a mi madre! ¡Qué se salve mi madre!

Entre las demás, deslucióndolas a todas, descendió de lo alto, más arriba de lo que del cielo dominaba desde su posición, como un rayo silencioso, partido en un ángulo obtuso, bien visible en toda su extensión antes de desaparecer, cual las otras. Pero en vez del color blanco de los relámpagos silentes del estío, el de la estrella rota era verde y brillante: un dibujo perfecto, nítidamente trazado en el negro cerulescente de un cielo sin luna.

Aún quedó insegura y en acecho, con la expresión de su deseo sintetizada al mínimo, por largo rato.

Pero el mirífico espectáculo había terminado. En vano esperó con la mirada fija, hasta hacerse insensible el acomodo del resto de su cuerpo en el sillón, con la cabeza inmóvil.

El azul de la bóveda lejana fue tornándose muy poco a poco menos intenso, hasta adquirir la glauca transparencia del alba. Era el amanecer.

Como si despertara de una pesadilla, Mariceli se incorporó en el sillón persignándose. Había dormido, en efecto, media hora escasa. Y tenía enfrente a Rosario, su linda cara morena abotagada y sucia, las manos una sobre la otra, encima del seno. De rodillas y como si quisiera hablar a su amita sin despertarla, venía a decirle que la enferma se había puesto muy mala...

—¡Madre! ¡Madrecita mía!

Contra su voluntad de correr tuvo que apoyarse en la esclava. Un intenso calambre inutilizaba una de sus piernas.

—¡Dios no quiso oírme! ¡No quiso oírme! ¡No hay consuelo, Rosario, no hay consuelo para mí! Si mi madre se muere: ¿qué ha de ser de mí? Yo quiero irme con ella. Yo no voy al ingenio. No quiero ir con mi padre. Y no puedo entrar en el convento. ¡Estoy condenada!

—¡No diga eso, su merced, mi amita querida!

—¡Yo tengo una penitencia muy grande que hacer, Rosario! ¡Yo tengo la culpa de que mi madre se muera, que Filomeno vague maldecido, que ma Irene haya vuelto, que Dios haya mandado este azote sobre nosotros, dejándome a mí viva para que sufra, para que abra los ojos y cumpla mis promesas!

—¡No diga esas cosas, mi ana! Su merced es una santa...

La enferma roncaba. En la alcoba amarilleaba aún la luz de un doble candelabro. El rostro de la moribunda era una sola mancha negra entre sombras. El ronquido, arrítmico, seguía a otro ruido más sordo, que se oía como debajo de las sábanas. La vieja nodriza, acurrucada al pie de la cama, con las manos huesudas sobre la mancha cenicienta de su cabeza, mascullaba una salve:

—Dió te salbe, María; llenan ere de grasia...

Como si correspondiera a su invocación, la sonora campana grave del convento comenzó los nueve toques del avernaría.

—¡Madre! ¡Madre! —demandó Mariceli. Tiernamente primero, sin alama.

—¡Madre! ¡Madre!

Y el solo vocablo, el único bueno, el único puro de los gritos humanos que su dolor halló, fue diciendo de amor, de miedo, de ansiedad mortal, de desesperanza, de humana rebeldía...

Y de resignación.

XV

El milagro

Si volvéis los ojos del lado del mal, el mal es victorioso en todas partes; pero si habéis acostumbrado vuestra mirada a fijarse en la sencillez, en la pureza y en la verdad, no veréis en el fondo de todas las cosas más que la victoria poderosa y callada de lo que amáis.

M. MAETERLINCK: *La sabiduría y el destino*

La víspera de la navidad de 1833, en Trinidad fue una noche de tristes evocaciones en la mayoría de los hogares.

Un padre, un hermano, una hija: seres queridos del mismo hogar, o algún familiar lejano y sin saberse a derechas cómo, entre el montón de las luctuosas nuevas venidas de todas partes de la isla: rara fue la casa de la villa donde el cólera no dejó letal recuerdo, trocando en melancólica conmemoración de los desaparecidos para siempre, la alegría tradicional de Nochebuena.

Hasta en las clases más humildes, donde el sentimiento carece de acentuaciones formularias, las muertes recientes de deudos y amigos dejó las calles de la villa desiertas; e intactos quedaron muchos tableros de los infelices mercaderes ambulantes, vendedores del sabroso lechón, los chicharrones, el caroso guarajo, las castañas y nueces, la piña de almendras, el alfajor, los turronecillos y demás golosinas de ingestión e indigestión rituales en la gran noche de fiesta.

Los mercaderes españoles emprendieron sus balances de diciembre sin el acostumbrado regocijo con sus últimas y más considerables ganancias del año. Porque hasta los tenderos de tejidos y afines, cuyas existencias de telas y adornos negros, para ropas de luto, quedaron agotados a principios del mes, sufrieron decepciones a la hora de hacer cuentas. La depresión general también los afectaba a ellos, como a los boticarios y los médicos.

Lejos de la ciudad, en los pocos ingenios y fincas intactos por la plaga, las fiestas de Nochebuena y Año Nuevo atrajeron a los esca-

sos afortunados en plena libertad de disfrutarlas. Muchos festejantes, sin embargo, llevaban también el traje negro: la última señal externa, harto profusa en todo el valle, de los estragos de la peste.

En Manacaná, durante las fiestas, las negras olvidaron el duelo de los años. Y hubo dos días de descanso, bautizos, regalos y tambor.

Padre e hija, en rápido acuerdo, consagraron de ese modo el tácito empeño de ambos, de intentar nuevas relaciones entre sí.

Don Lorenzo, por su parte, incapaz de asegurarse la confianza de la hija con la ternura y la franqueza que imponían las recientes saudades de la muerte, se limitó a aceptar sus inesperadas muestras de indiferencia religiosa y su aplomo autoritario de dueña de casa, contra las costumbres y tradiciones del ingenio, sin salir de su habitual neutralidad despectiva en todo lo doméstico. Al llegar diciembre había entregado a la hija, como lo hiciera siempre con la madre, la suma de dinero que estimaba honor de su rango no preguntar cómo se gastaría. Hízolo deliberadamente a prueba, sin previa explicación ni indicaciones posteriores.

Pero no dejó de producirle favorable sorpresa la inmediata entrada de su hija en su nueva misión. Y guardó una prudente reserva, por si aquello no pasaba de un capricho más...

Por tres meses, hasta fines de febrero, don Lorenzo fue perdiendo poco a poco sus recelos. Estaba en el camino de olvidar pronto a la desaparecida. Mariceli, secundada por Rosario, llenaba completamente cuanto esperaba y requería él ya de su esposa. Comenzó a sentirse hasta más libre. Podía permanecer ausente varios días, en cualquiera de sus actividades de hacendado rico, sin oír a su vuelta quejas, ni noticias que le importaban poco sobre torpezas de la servidumbre, roturas de vajilla, invitaciones de Fulánez y Mengánez, y otras naderías de su pobre mujer.

Lo único que siguió mortificándolo fue su invencible repugnancia a permanecer solo en la casa de la calle Real, a la que no podía volver sin que los recuerdos lo atenazaran, impidiéndole dedicarse a ordenar sus atrasadas cuentas. Y nunca se resolvía a traer los papeles para el ingenio. Hasta que resolvió abrir escritorio en alguna otra parte de la ciudad.

Una mañana, cerca de la hora del almuerzo, al volver de una ausencia de tres días, preguntó varias veces por su hija. Andrea, su negra de confianza en el ingenio, mujer del mayoral y de condición

libre, vino a informarle al fin que esa mañana misma la niña Mariceli y la mulata Rosario habían salido para el pueblo, con el negro Francisco, dejándole recado de que volverían a la tardecita.

Las audaces viajeras no regresaron hasta el día siguiente, sin embargo. Y el padre echó de ver la transformación radical operada en su hija por aquella visita a la tumba de la madre muerta, y a la casona de la calle Real. Su vieja desesperanza lo invadió de pronto...

Los ojos enrojecidos, el tocado en desorden, los ademanes distraídos y vacilantes, la joven almorzó frente a él sin abrir los labios para otra expresión que las inexcusables respuestas a sus demandas paternas, intentadas con toda blandura y ásperas, no obstante, al trocarse en palabras: como ya no podía dejar de hablarle. La topeza de un esclavo, afortunadamente, le sacó la cólera que fuera incubándose dentro, durante el diálogo con la hija. Y pudo irse más tranquilo a dormir su siesta.

Mariceli permaneció encerrada en su habitación el resto del día, y al otro delegó francamente sus funciones en Andrea.

Ya no volvería a asumirlas, hasta que a mediados de marzo pidió autorización a su padre para regresar —con su criada Rosario, el viejo Francisco y Caridad, la mujer de éste, que le serviría de cocinera— a la casona de la calle Real. El permiso era sólo por una semana. Y la vieja ma Irene quedaría mejor en el ingenio, donde se encontraba de nuevo a sus anchas, rodeada del temeroso respeto de los suyos. Su resurrección le había devuelto el principado de su África lejana. Mariceli, marñosamente, soslayó la cuestión principal para distraer al amo con el tema —para él siempre enternecedor— de su vieja nodriza...

Discutieron, a pesar de todo: acaso como no lo habían hecho nunca. Al cabo volvió el amo por sus fueros:

—Está bien. Ya hemos hablado bastante. Tal vez más de la cuenta. Llegué a hacerme la ilusión de que habías entrado al fin en razón, que ya no pensabas más en el convento, ni en conerte los santos...

—Pero, papá...

—¡Silencio! Fíjate bien en la fecha: quince de marzo. Y en lo que te digo. Mientras yo viva, ni Dios ni el Diablo, me harán cambiar de idea. Y ya no vive tu madre para amargarme la existencia con sus hipocresías...

Mariceli halló en sí valor suficiente para asestarle una mirada al rostro, de recriminación. Y la sostuvo en vano. Lanzado en una de sus coléricas peroratas, sus ojos quedaban dentro de las órbitas como

estrábicos, como la grotesca incongruencia del mirar de los ciegos. Mariceli sintió su rencor disuelto en lástimas.

—Si quieres meterte a monja ya puedes decirlo de una vez. Cuando antes mejor, para saber a qué atenemos. Pero que no se hagan tus catequizadores la ilusión de que me vas a heredar, para atrapar ellos todo eso que he levantado yo a costa de tanto trabajo y tantos sacrificios. Eso no. Mañana mismo iré a ver al licenciado González Llorente y a poner en regla mis papeles. Es mejor que terminemos de una vez, porque sé que no vuelves... Tendrás esa cueva de trasgos de la calle Real, ya que no puedo prenderle fuego como quisiera. Y una pensión, para que no te pongas a lavar platos ni a fregar suelos en ese convento de tus ilusiones, donde aprenderás muchas cosas que todavía no sabes... De lo demás, ya sabré yo lo que haga. Díselo a ellas y a ellos: ¡pero bien claro! Bueno es que lo sepan con anticipación. Y tú... ya puedes irte cuando gustes a la calle Real o adonde te plazca. Mañana o pasado mandaré por mi mesa, mis armarios y los papeles. Casualmente acabó de arreglarlo todo para abrir mi escritorio en la calle del Rosario, cerca de Jesús María, en la casita que ocupaba el catalán, don Felipe Canals. El cólera le acabó con toda la familia: la mujer, la hermana, los tres hijos y la sobrina. Lo dejaré viviendo en la misma casa y así no sólo me atiende los cobros, sino el escritorio. El sobrino que estaba estudiando en La Habana me llevará los libros. Ya lo mandé venir. .

—Todo eso que me dice es inútil, padre. Yo le prometo...

—¡No me prometas nada! Ya sé yo a qué atenerme tocante a tus promesas...

Mariceli perdió de un golpe toda su compasiva serenidad. Y bajó la cabeza: una vez más.

—Lo de abrir mi escritorio en otra parte ya lo tenía resuelto, además. Me van faltando fuerzas para atenderlo todo, como antes. Así fuera de acero, viviendo como yo vivo es imposible resistir muchos años. Reventaré un día de éstos: ya lo sé. Y por eso precisamente quiero dejarlo todo en regla... Si el señor letrado de tu primo no tuviera los hurtos de Arriaga que tiene, los de su maracita, que quien lo hereda no lo hurta, en él descansaría con más confianza que en ninguno. Bien sabes que en él pensé mucho tiempo con toda voluntad, como depositario honrado y fuerte de todos mis bienes, hasta que tú me hubieses dado descendencia válida: ¡un nieto! Lo quise a él como un hijo, después de la muerte del mío. Y la última ilusión de

mi vida fue ese hijo suyo y de tus entrañas, que entonces quise vivir bastante para ver hecho un hombre: ¡otro Lorencito...!

Tembló la voz un instante. Mariceli sintió un violento impulso de abrazarlo a él, de gritarle algo absurdo, impensado, caído como un bólide en ese mismo instante sobre su cerebro: e inefable, porque *eso* no podía decirlo ella. Mas ni a un solo músculo de todo su cuerpo llegó aquel impulso.

Enfrente de ella, en tanto, con el rostro y los puños contraídos, el adarén, hiriente, la mirada en ciego, el ano no mostraba tampoco brecha por donde entrarle con mensaje de amor, de ternura...

—Pero dejemos eso —cortó él—, Ricardo Pérez, el sobrino del catalán, es también un muchacho inteligente y bueno. Y más asentado y menos parlanchín que el otro. Vivirá con su tío, en la casa de la calle del Rosario. Y allá me hará reservar una habitación para mí. Ya lo tenía pensado, porque mi idea fue siempre la de deshacerme de esa maldita casa de la calle Real. Zápate en ella de cabeza si es tu gusto. Ya sabes dónde enviarme recado si me necesitas para algo. Carecer no quiero que carezcas de nada. Llévate a quien quieras y haz lo que te plazca. Ya sé que no eres ninguna parvulita medrosa. En estos tres meses he visto que sabes manejarte perfectamente sin ayuda de nadie. Y hasta que has querido echártelas de generosa y magnánima con lo que no es tuyo. Porque haya hecho la vista gorda no vayas a creer que no me he dado cuenta. A ver qué haces en el convento, si pretendes imponer así tu voluntad a derecha e izquierda. La mosquita muerta, que no rompe un plato. ¡En nada te pareces a tu madre, ya lo sé! Pero bien podías haber sacado de mí otras cosas mejores...

Se sintió como alejado peligrosamente de su campo. Y antes de provocar con una despedida las dimerías sentimentales de su horror, dio media vuelta y gritó una orden hacia el patio.

Al día siguiente, muy de mañana, partió con Domingo, como para una ausencia larga. Entre sus instrucciones a Andrea —reinstalada al fin en su antigua autoridad— no dejó recado alguno para la hija.

Mariceli y Rosario, acompañadas de Francisco, dejaron el ingenio cerca del mediodía.

Tras de su amarga reacción, después de la muerte de la madre: resentida contra el poder supremo que desoía todos sus ruegos y, como el padre, mostrábase insensible a sus promesas, Mariceli de Pablos —

la Vizcayita cabal del patrono apoteogra— vivió algún tiempo de su inconsciente entusiasmo por la nueva situación de ama de casa: de ama, inesperadamente reconocida así por todos, hasta por su propio padre.

Coluibró ante sí una nueva senda. Descubrió en sí misma facultades hasta entonces insospechadas. Ensayó en el ingenio, siempre con buen éxito, muchas innovaciones que el padre aprobó sin discusión, ni hablarle siquiera a ella del asunto. Fruyó el agradecimiento de los esclavos, cuya triste suerte procuró endulzar por todos los medios a su alcance. Y se plugo en someter rigurosamente a sus órdenes al taimado mayoral —el terror de Rosario— a despecho de las intrigas de Andrea, su mujer: la hermosa negra en cuya influencia con el aro, Mariceli tropezó casualmente con un nido de recuerdos, negros como cuervos, que dieron un sentido nuevo y perfectamente inteligible, ahora, a muchas escenas dolorosas entre sus padres, cada vez que venía la familia al ingenio...

Insidiosamente, mientras tanto, esos recuerdos del pasado fueron mezclando su veneno al consuelo agridulce de su vida nueva. Como le sucedía en sus trabajos de agujas, con los que humildemente gozaba sus buenos éxitos, siempre con temor de hallarse vanidosa o engreída; cada nueva experiencia la incitaba a ensayar nuevas revalorizaciones de las anteriores, hurgando en su memoria las del ayer y aventurando hipótesis de las desconocidas, para ir después comprobándolas o desechándolas poco a poco, hasta una certidumbre cualquiera. Leyó y relejó en su ocios, ahora no totalmente ocupados con ejercicios religiosos, cuanto qué leer descubrió en la casa. E hizo también vida al aire libre, en su caballito trinitario, de delgada caña y firme casco, vivo de ojo y rápido en espantar sus asustadizas orejas. El fiel Francisco se hizo cruces muchas veces, atónito ante las audacias de aquella niña Mariceli, tan distinta de la del pueblo, en la casaca de la calle Real... en diciembre, soleado y tibio, los días serenos vencieron a los turbios.

Pero febrero trajo días grises, de cielos lívidos y atardeceres de una melancolía infinita, en aquel vasto portal de la casa-vivienda. Privada de salir a paseo y sola, como olvidada de los demás, con algún libro insignificante caído en el regazo, contempló muchas tardes los montes lejanos cambiando sus contornos entre las enormes masas de nubes grises, siempre grises; la lluvia rebrillando con tonos oscuros en las hojas de un verdor inusitado, perceptible a distancia sólo como un vaho atomizado por las nubes; los caminos anegados, con charcos luminosos, de un fulgor blanco, fantasmal, sobre los que el vuelo de los pájaros negros, siempre negros, por el contraste con la luz

reinante, trazaban signos desvanecientes de una atracción misteriosa. El silencio era como el golpe fortuito de un grupo de notas, en el teclado de un piano invisible. Y de todos los cantos de los pájaros, el largo quejido alamador del pitirre y el graznar desahuido del zorzal, penetraban en sus oídos con singular estridencia.

Y en la lentitud de esos crepúsculos de invierno, como en las lunadas de ensueño, transparente, que contemplaba siempre desde la hamaca, con el portal a oscuras, Mariceli corporizó sus pensamientos hasta *ver y sentir* cerca de sí a su madre y su primo Juan Antonio, entre un desfile de otras imágenes fumoides. Al despertar de sus alucinaciones, sin sacudida, como en vaivén continuo entre la realidad y el ensueño, quedaba sumida en un embrutecimiento total, entre repeticiones inconscientes del mismo párrafo de una oración, o el seguimiento del chirrido de una chicharra por tiempo indeterminable...

Finalmente, su visita a la casa de la calle Real, por muchos días en lenta incubación, hasta convertirse en idea fija, acabó de desprenderla de su reciente personalidad nueva como de un precioso ropaje simbólico, llevado todo un día en alguna procesión, e insoportable al cabo.

A la vuelta del cementerio, donde la novedad para ella del tétrico campo quitó profundidad a su emoción filial, comenzó al recorrido del caserón vacío por la sala, Rosario detrás siempre y en silencio.

Evocó sus recuerdos de la muerte sin el menor esfuerzo por reprimir sus lágrimas, poco antes tan escasas, a pesar de hallarse ante la tumba de su madre. El sillón de la sala donde se sentaba a tejer o a coser la ropa, su cuarto, el esquinero de la veladora, su imagen; sus objetos de tocador: el jarro y la palangana de plata, regalo de bodas; cabellos suyos todavía en el peine... Y su armario, sus ropas olorosas a alcanfor y raíz de vetiver. Las gavetas, que jamás le fuera dable curiosear, con todo en orden, como para usarlo después. Quiso examinar un paquete de papeles, como cartas, y no tuvo el valor de hacerlo.

Gozó, en vez de padecer, con las ansias y sacudidas de su corazón, y con sus lágrimas y sollozos francos, libérrimos, sin represión propia ni consuelos ajenos, fastidiosos siempre. Cuando Rosario le estorbó a su lado, también supo ahora enviarla afuera.

Quiso sentirse completamente sola. Y libre.

A despecho de la perenne soledad de su alma, Mariceli consideró de repente que había vivido toda su vida como perseguida, condenada a la presencia de otras gentes. Y de otras gentes que no la comprendían, que la comprimirían contra sí misma, en vez de descargarla del peso de sus propios pensamientos.

Quiso sentirse sola, de una vez: ¡verdaderamente sola!

Así recorrió las habitaciones del padre, abriendo amaricos y gavetas sin temor ni respeto, con una extraña sensación de gozosa aventura, tierra adentro en un mundo inexplorado.

Sus evocaciones más desgarradoras tornáronse poco a poco indefensivas, anodinas. Y con los de la madre, para siempre ausente, mezcláronse, y acabaron por imponerse, otros recuerdos de su propia vida, para siempre también desvanecida. Ella había muerto también, en cierto modo.

El patiecito de sus flores y sus pájaros...

En los arriates aún vivían, sin su amoroso cuidado, la enredadera de coralillo, un manto de la virgen y algunas bijauras y vicarias, a las que reprochó su autarcía. A los tallos mustios de unos pensamientos y de una varita de san José, en cambio, dedicó tiernas caricias con sus manos temblonas. De los ganchos empotrados en la pared ya no colgaban sus canarios y sinsontes. El patiecito abandonado, sin embargo, le inspiró como un dulce arrabamiento. Y las campanas del convento resonaron otra vez en sus oídos sin sobresalto, como algo que le faltaba en aquella deleitosa quietud de su nueva libertad.

Estaba sola, sola en su casa, la vieja casona. ¿No había soñado ella siempre con aquella euforia, al pensar en el convento? Libre de la sombra del amo y capaz ahora de recordarlo sin acerbia, como lo había deseado siempre: ¿no podía hacer de aquella vieja casona suya, apacible y silenciosa, el místico jardín de sus ensueños?

De pronto sus ojos cayeron sobre la ventana cerrada del antiguo cuarto de juguetes: de su oratorio.

Y en tropel confuso, como rasgando al entrar fibras sensibles de su entendimiento, penetraron en su mente imágenes violentas de sus mortales ansiedades de otros tiempos: sus promesas, sus *Vidas de santos*, el mártir romano, Juan Antonio, el jueves santo inolvidable, sus disciplinas, el supremo placer de su flagelación en la noche callada... «Noche dichosa, en secreto, que nadie me veía.» Y las palabras de su padre... «ese hijo *suyo* y de tus entrañas...»

Con paso incierto, como de súbito plena en sus entrañas, echó a andar hacia la saleta, fue hasta la puerta y abrió la manpara.

Un grueso candado de hierro, ventrucho y frío, como un sapo negro, cerraba la contrapuerta de la capilla.

Forcejeó en vano, con sus manos trémulas. Y frente a la puerta cerrada permaneció largo rato.

Febrero nuboso oscureció en un instante. ¡El Íncubo! A su derecha, el portón de hierro *también* estaba entreabierto...

—¡Rosario! —gritó, presa de un miedo súbito—. ¡Rosario!

Se arrepintió tarde. Rosario acudía a su llamada.

Domino su turbación y explicó sencillamente su alarma. Creía que la había dejado sola en la casa.

Pero ya era demasiado tarde para regresar al ingenio. Amenazaba lluvia. Rosario se dio cabal cuenta de su deber y todo lo allanó en un momento. Pasarían la noche allí. El viejo Francisco ya había metido la calesa en el zagán. La negra Caridad estaba en la cocina desde por la mañana. Todo quedaría arreglado para que la amita no echase nada de menos.

A su vuelta, quince días después, Mariiceli traía todos sus planes prefinidos. Dormiría en la segunda recámara, sola. Rosario lo haría donde siempre. Todas las llaves de la casa estaban en su poder. Y entre ellas, naturalmente, la del candado de su capilla.

Tuvo el aplomo de esperar hasta la noche. Hasta bien entrada la noche, cuando tuvo por seguro que la esclava dormía profundamente.

Y con redoblada emoción, en la que el miedo y la certidumbre de su libertad detenían o aceleraban alternativa y violentamente el ritmo de la sangre en sus venas, penetró en el recinto de sus ardientes recuerdos, reprodujo todos los preparativos de su sacrificio y se dispuso a la mortificación de su carne...

Pero, una a una, todas sus anticipaciones fueron desvaneciéndose. Su imagen del crucificado, en vez de prenderle nuevos ardores, enfrió su exaltación de arrepentida. Los primeros latigazos, sobre la camisa de dormir, produjéronle un dolor inesperadamente vivo. Y vulgar: un ardor violento en la piel, pero sin la esperada reacción gozosa. Le falló el impulso de bajarse la camisa. El mártir romano apareció despojado del influjo de sus fantasmagorías: la estampa de un libro. El flagelo mismo: unas tiras de cuero torpemente unidas a un

mango de sacudidor. Las puntas de los mal hincados clavos le parecieron demasiado salientes. ¿Cómo pudo ella soportar las punciones y desgarros de aquellos clavos?

Se repitió en vano que estaba en libertad de flagelarse hasta que le faltasen las fuerzas. Revisó con el mismo negativo resultado sus libros santos, las estampas de los martirios de santa Ágata de Catania, de santa Catalina de Costi, Cristina de Tirol y de san Sebastián, hemorroso como una mujer...

Así, de recuerdos y pensamientos afines, su imaginación pasó a otros detalles nimios: la humedad de los libros, los agujeritos perfectos de la polilla, el fuerte olor de todo a humedad, a vetustez. Del techo pendían telarañas. A través de la ventanita alta ya no aparecería Caniquí. ¿Y las cuevas? Quedó en suspenso un instante: no, no había oído nada. No había ratones.

Cansada, soñolienta, indiferente a sí misma, volvió al fin a su cuarto y a su cama, a dormir...

Despertó temprano, sin embargo. Y venciendo de un salto su monotonía, se vistió y corrió a la iglesia, sola.

Confesó, comulgó y oyó misa con devoción profunda, como no lo hiciera en mucho tiempo.

Pero al llegar a la casa se sintió como herida, emponzoñada por algún dardo invisible. En el templo y en el breve trayecto del convento a su puerta, ya cerca de las nueve, mujeres y hombres la habían mirado con insistencia intolerable, hasta obligarla varias veces a buscar en sus ropas, en sus manos o en su rostro, tomando de espejo los cristales de las urnas, o pasándose disimuladamente las manos por la cara, tiznada acaso de algún modo, la causa de inexplicable interés.

Pensó en el contraste de aquella atención vejaminosa con la glacial indiferencia del padre Remigio, macilento, esquelético, tosiendo todo el tiempo, sin movimiento excepcional alguno de simpatía –ni de interés siquiera– para sus confesiones dolorosísimas, que ella estaba segura de haber hecho claras en aquel torbellino de balbuceos y circunloquios, subrosa del esfuerzo, positivamente rendida de fatiga antes de echarlo afuera *todo*. El padre Remigio permanecía insensible a sus tribulaciones, que a ella le ensombrecían el sol, la privaban del aire, la suspendían entre la muerte y la vida... mientras la gente –todo el pueblo– la perseguía con los ojos, implacablemente. El santísimo sacramento ya no llegaba a su alma. En vano el cuerpo recibía el precioso símbolo...

Volvió esa misma tarde al templo, sola otra vez, enloquecida por todas las miradas y todas las voces a su alrededor: hasta las de su atribulada esclava.

—No sabía a lo que iba.

Pero arrodillada hora tras hora, ante el Cristo milagroso de la Vera-Cruz, la pecadora halló de nuevo la ruta perdida de su salvación.

Le pareció que lo veía por la primera vez: tético, chorreando sangre de la honda herida del costado. La sangre de su divina cabeza adquirió súbitamente una viscosa fluencia, y siguió goteando por encima de los hombros, para juntarse en medio del pecho, como un collar; las magulladuras de las rodillas denunciaron el dolor dilacerante en una contracción imperceptible. Moviéronse, viscosos, los coágulos negruzcos de sus brazos; y la mancha de sangre, brotando todavía de las heridas de sus pies, allí a un palmo de sus ojos atónitos, cubrió el debdo garbo del pie derecho, que ella estaba segura de haber visto hasta entonces lívido, limpio de coágulos. El cuerpo perdió con más dolor de la cruz, se acentuó la expresión desgarradora del rostro y la barba se hundió de nuevo sobre el pecho...

El cosmos, la naturaleza, la vida: todas sus nociones vagas y como nefaloideas de lo magno del mundo, alrededor de su breve y confusa experiencia de un puñadito de años, en un rinconcito de la tierra, a tercios de un siglo de trébulos tanteos en la oscuridad; sin otras ventanas al pasado que sus libros místicos ni acceso a las torres de su alma para mirar el porvenir: todo quedó más lejos que nunca de sus sentidos y de su inteligencia. Todas sus facultades racionales detuviéronse en suspenso, para darle entrada solemne a aquella certidumbre del milagro: el Cristo de la Vera-Cruz renovaba su dolor inmortal ante sus ojos.

Pudo, a pesar de su estupor, articular unas palabras. Balluceó una suprema demanda de perdón. La divina sabiduría le inspiró renovada confianza. Su debilidad, su atonía para el sacrificio no podía escapar al óptimo Señor de su alma. La carne había vencido en ella esta vez por el sueño, por el cansancio. ¡Acaso en sus últimos arhelos se mezclaban nefandos deseos, rescoldo inextinguible de aquella entrega al Íncubo, en su primera noche de la capilla! Era mejor que hubiese comprobado ya frío ese rescoldo, y conjurado el poder siniestro del Íncubo. Caniquí era inocente. Y su único afán, ahora, era el de purgar sus pecados de soberbia y rebeldía ante los designios del poder omnisciente al arrebatarle a su madre, la negligencia de su fe durante tanto tiempo, el olvido de los prístinos impulsos de su corazón: y el de incumplimiento de sus promesas. Para que el espectro del esclavo

infeliz, por ella entregado a las potencias tenebrosas, pudiera volver al seno de Dios como para dar par al alma de su madre, tenía ella que cumplir su penitencia expiatoria.

Creó sentir que su madre aprobaba sus votos. ¡Su madre erraba quizá allí mismo, en el convento, ante el divino Cristo de sus devociones! Y era ella, seguramente, la que acababa de obtener el milagro, para mover su alma.

XVI

Un viaje de intereses

Y ella me dijo, como desde muy lejos: «Olvidame y volveré a tí.»

M ARCEL SCHWOB: *El libro de Monelle*

Del tedioso papeleo del bufete, muchos de cuyos negocios más profucos y la «ética profesional» de que su jefe le hablaba a veces, ante sus escrúpulos, lo hacían frecuentemente avergonzarse de su profesión, Juan Antonio Luna vivió tres años interminables sin otra genuina compensación espiritual que sus horas de lectura: la madre-cita siempre atenta a sus bostezos y desperezamientos para quitarle el libro de las manos y obligarlo a acostarse.

A despecho de su racionalismo enciclopedista y de su enemistad con la iglesia —motivo este último de constante preocupación para doña Elena—, más de una noche, a lo largo de esos años, hizo el joven letrado «examen de conciencia» antes de dormirse.

Y se halló siempre en estado de salud perfecta, dotado de inteligencia por encima de lo común, apto para el ejercicio de la profesión favorita de sus compatriotas, trabajando ya con un abogado de renombre, señalado éste por toda la sociedad cubana como una gran figura del foro: un hombre bueno y afable para él, que de buena fe le enseñaba el camino del éxito profesional... Se halló en posesión indisputada de muchas ventajas para sentirse bien en la vida: un hombre limpio, un porte distinguido, dinero bastante para vivir sin deudas ni humillaciones dentro de su medio social, simpatías evidentes entre las mujeres, excelentes amigos... Y una madre sin par, que era toda para él.

Antes de fallar en su contra, sin embargo, calificándose de ingrato y ambicioso —porque a pesar de todo Juan Antonio Luna no se sen-

tía feliz—, el autooreo se concedió la previa diligencia de esclarecer otros «resultandos» importantes, enunciados de hechos tan probados como sus privilegios y ventajas.

Su jefe, el abogado ilustre, era capaz de cobrarle a una viuda honorarios iguales a las dos terceras del total ganado en el pleito para ella, remataba propiedades de incautos deudores y se quedaba con ellas por medio de testaferros, daba dinero a préstamos, también bajo cuerda. Y al mismo tiempo que usaba de su amistad con don José Antonio Saco, su joven amigo Domingo del Monte, con Cirilo Villaverde, José María de Cárdenas y otros compatriotas distinguidos, no dejaba de rendir homenaje a «godos» como el presbítero Bernardo O'Gavan —ante quien solía hablar con despectiva malicia de «mis amigos los literatos»— y al señor intendente general, por conducto de quien solicitaba frecuentemente entrevistas y favores del capitán general.

El despotismo militar imperante, lejos de atenuarse con la muerte de Fernando VII —como se creyó al principio del nuevo gobernador, don Mariano Ricafort—, no sólo mantuvo su actitud intransigente contra las relativas lenidades de éste, sino que consiguió anular todas las posibilidades favorables a la dignidad cubana, después del entronizamiento de doña Isabel. A principios del año 34 la escisión entre peninsulares y cubanos en el seno mismo de la Sociedad Económica de Amigos del País —el cerebro de la colonia— parecía ir directamente a una solución violenta. La Academia Cubana de Literatura, como paso previo a la emancipación intelectual de la colonia, demandaba a Madrid su autonomía funcional y sus estatutos. Pues frente a ella se alineaban ya todas las fuerzas de la reacción, como si se tratase de un club revolucionario, o de una gavilla de malhechores.

Las mujeres —el otro capítulo de sus decepciones— preferían sus alabanzas y galanteos, o sus regalos y su dinero, según la esfera social de sus experimentos, a su arduo desideratum de un amor a la vez apasionado y exquisito. En tres años había hecho la corte, con toda formalidad, a dos ilusiones, sucesivamente desvanecidas. Y por otras dos veces había devuelto al arroyo —de donde se propusiera sacarlas, creyéndolas perlas— serdas piedrecitas falsas, que gracias a su torpeza de ellas, más que a la voluntad y experiencia del fogoso experimentador, hubieron de desengañarlo a tiempo. A fines del año 33, con la muerte de una criatura de cuatro años, residuo de su vida estudiantil, quedó también liquidada su otra aventura: la primera y acaso la más honda. Cuando la epidemia del cólera, a principios del propio

año, se llevara a la madre —casada ya formalmente y con otro fruto de su nuevo hogar—, sus relaciones limitábanse al soslayado y melancólico cuidado de la niña, enfermiza y raquítica de nacimiento, como aquel pobre amor de sus padres.

Con tanto o más frecuencia que al principio de su residencia en La Habana, recién llegado de Trinidad, pensaba ahora en su prima... Comparada con la emotividad inagotable de su recuerdo, toda su vida sentimental de los últimos años se le antojaba algo superficial, insignificante, vivido como al margen de sus preocupaciones doloridas de cubano, y de sus afanes profesionales, empeñado en hacerse de gloria y renombre, más que de dinero.

Sus rentas, por último, limitábanse ahora a los negocios del bufete. De sus tierras y las casitas de la villa nada se sabía desde el trastorno en las comunicaciones de La Habana con el resto de la isla, a consecuencia de la peste. La última remesa de don Lorenzo de Pablos, cubriendo los tres primeros meses del año 33, databa del mes de julio. De dos cartas suyas y una de su madre no se tenía aún respuesta en enero del nuevo año. Doña Elena disimulaba mal su impaciencia, aunque procuraba siempre evitar toda conversación acerca del asunto.

Con su criada Petra, en cambio, la madre no dejaba un día de lamentarse. Había hecho múltiples promesas y rogativas en favor de su prima, del «ogro» y de su hija, «a la infeliz criatura». Las noticias del cólera en tierra adentro causáronle días de terrible ansiedad, con fortísimas jaquecas y consultas de médicos. Juan Antonio cayó al fin en el hábito de oír las confidencias de Petra, escuchándola discretamente con interesadas afabilidades y regalos de dinero, hasta rausearse con la servil gratitud y la incontinencia informativa de la esclava. De ese modo, a despecho de su reserva, el hijo compartió todas sus inquietudes. Y con ella pensó constantemente en el rincón lejano.

A fines de enero, tras del frío rompimiento con su última novia y de aceptar, forzado por sus dificultades económicas, una comisión profesional abiertamente en pugna con su conciencia, Juan Antonio Luna renunció a su empeño de sentirse feliz por autosugestión.

Una mañana gris, ventosa y fría, con el producto de su claudicación fácilmente cobrado y en sus bolsillos, solo todavía en el bufete e incapaz de concentrar su atención en los asuntos ordinarios del día, el

joven abogado leyó en el *Diario* una noticia que instantáneamente fijó sus pensamientos.

El capitán Amora —jefe de una partida de hombres armados, usada confines policiales por el gobierno militar de la isla— había sido llamado por las autoridades de la región central para acabar con los bandidos que merodeaban por los alrededores de Puerto Príncipe y de las ricas y prósperas villas. El suelto mencionaba especialmente a uno de esos bandidos, a quien llamaban Caniquí, y hasta el momento había escapado a la persecución de todas las fuerzas policíacas combinadas de Santa Clara, Trinidad y Sancti Spiritus.

«El tal Caniquí —esclarecía el *Diario* a sus lectores habaneros— goza fama de poseer diabólicas facultades, como la ubicuidad y la de ser inmune a las balas. Se le teme como a un aborto del infierno; y las gentes huyen al solo grito de su nombre en cualquier punto de la ciudad, a cualquier hora, porque el audaz gusta de esos golpes de efecto para atemorizar a los crédulos y con frecuencia se presenta en lo más céntrico de las poblaciones, de improviso, para desaparecer enseguida aprovechándose de la misma confusión que su presencia provoca. Entre otras fantásticas leyendas que de él se oyen, cuéntase que lo ampara y protege una mujer joven, blanca y de familia muy principal de Trinidad, a quien mantiene bajo su satánico poder por un maleficio, según unos, o por algún vital secreto, que afirman los menos crédulos. Es un pardo achinado, de aventajada estatura, como de 30 años de edad; esclavo del prominente hacendado de Trinidad señor don Lorenzo de Pablos, y desertor de la marina de guerra. Se le señala como autor de varias muertes, innumerables robos y otras fechorías. Una magnífica pieza que cobrar para el valiente capitán Amora.»

Juan Antonio tuvo buen cuidado de ocultar el periódico a los ojos de su madre y trató de disimular su preocupación por varios días.

—¿En qué piensas, hijo mío? —tuvo ella la imprudencia matenal de preguntarle, al fin.

Era el día de la Candelaria, precisamente... Ambos, sin decirse una palabra, no habían pensado en otra cosa, durante todo el día. A la hora de la siesta, en la iracción dominguera de la tarde y solo en su habitación, exacerbado por el silencio impuesto a su único pensamiento, se había sorprendido a sí mismo en mitad del cuarto, de pie, los brazos enarcados como si sostuviera en ellos un cuerpo —su cuer-

po-, y en los labios el fruncimiento absurdo de un beso; un beso en el vacío.

La tierra pregunta de su madre, en el recogimiento de aquella sobrenesa, preñada de tristes recuerdos para ambos, exorcizó la atormentada reserva de tantos días. Y sin mentarla previamente habló de ella, así, por el mero nombre...

—...nos apartamos del grupo sin malicia —siguió en la evocación de aquella excursión a Río de Ay, clavada en sus recuerdos—. ¡Era entonces tan niña, y yo tan ingenuo, a despecho de mis precocidades! Pero al sentirme solo, a su lado, en aquella estupenda mañana de nuestra tierra, como ebrio de luz, de verde, de la música de nuestros campos, a pocos pasos de la gente y sin embargo aislados por el fragante bosque del borde del río..., yo no sé qué me impulsó a aquel arrebato. Sin decirle una palabra, de repente, como loco, sin pensar ni saber positivamente lo que hacía, la estrujé entre mis brazos... ¡Y nos besamos! Ella se puso muy seria, después. Y yo cogí miedo. No volví a hablarle de aquella locura en mucho tiempo, hasta el único momento de nuestra vida en que hablamos con plena franqueza... para llegar al extraño acuerdo de que no nos queríamos. ¡Yo estoy purgando todavía mi error, porque lo cierto era que la quería, que la adoraba! Me siento desde entonces como incapaz de amar...

Con la mirada en el vacío calló por un momento. Doña Elena vio caer a tierra, en ese instante, toda su obra de tres años: su sacrificio de vivir en La Habana, fríamente recibida y apenas tolerada por sus parientes; intuyó que su hijo amaba todavía a aquella extraña y peligrosa criatura de su sobrina, con amor profundo e invencible; repasó en fugaz revista sus disparates de maternal celestinaje en más de una aventura sentimental de su hijo: todo para nada. Pero no se sintió capaz de expresar su decepción. Y calló también.

—Desde entonces me atormenta una duda —prosiguió él—: una duda que es como un recordamiento, porque en mi corazón algo me dice que ella me quiere: ¡me quería, al menos! Y que yo malentendí sus preciosos escrúpulos, destruí sus ilusiones y le volví la espalda, para correr detrás de esta ambición mezquina de una carrera, que ya no me importa, que me unce al yugo maldecido de esta tiranía que pesa sobre mi patria, condenado a vivir entre abdicaciones y cobardías. Vivo con la sospecha abrumadora de que no sólo destruí su vida, sino que fui cobarde cuando pude rectificar mi error y salvarla de la calumnia abominable, cuando la abandoné otra vez en aquel

charco inmundo de beatas lenguaraces y petimetres sin espina dorsal, cuando salí por segunda vez huyendo, madre...

Hundió la cabeza entre los brazos, sobre la mesa, y rompió a llorar. Doña Elena, consternada, acudió en su consuelo.

Desde el patio, junto al arco del comedor, en su habitual asechanza, la China contemplaba la escena, sin perder ni entender palabra. En aquel momento no hubiera podido adelantar nada de la versión que más tarde fluiría de sus labios enjutos. Porque el dolor del niño Juan Antonio prendió fácilmente en su corazón. Y con ambos, la madre y el hijo, lloró silenciosamente largo rato, hasta que su ara la llanó para acabar de quitar la mesa.

Vencida la inútil reserva, madre e hijo hablaron al día siguiente de negocios.

-Hace ya cinco o seis meses que el tío Lorenzo no escribe. ¿No es cierto, madre?

-Desde el mes de julio: ¡siete meses!

-Y debemos tres de casa...

-¿Tres?

-Con febrero, en que ya estamos. Creo que debemos pagar diciembre, por lo menos.

-¿Cómo?

-Yo puedo hacer un esfuerzo. El caso es no confiar demasiado en esas renesas pendientes. De julio a esta fecha pueden haber ocurrido muchas cosas por allá, de las que no tenemos la menor noticia. ¡La epidemia ha hecho estragos terribles, madre! Nosotros no podemos darnos cuenta desde aquí de La Habana...

-¡Por favor, hijo: ni lo digas! No hablemos de eso.

-Para usted, madre, todo es callar y esperar: ¡pero así no se resuelve nada! ¿De qué vale callar...?

-Yo escribí en diciembre a Luciana Borrell, adelantándome al siete de enero, que fue su santo. Y a Isabel Gamendía antes: a principios de noviembre.

-¿Le contestaron?

-Ni una palabra.

-Pues yo también he escrito a varios amigos. A don Pío Fernández de Lara, a Joaquinito de Castro, a don Juan Barrié. Y han llegado cartas de Trinidad para otros paisanos que residen aquí, ¡y ninguna para mí!

-De Rosita Malibrán su prima Ofelia recibió letra el otro día. Me lo mandó a decir con Petra.

—¿No has ido por allá?

—No.

Medió un largo, silencio.

—¡Pues algo hay que hacer, madre! —exclamó él de pronto, des-
templadamente.

—¡Hi jo!

—Por mar o por tierra, en cuanto pueda he de ir yo mismo a Trini-
dad.

—Pero ¿cómo vas a ir tú? El bufete... yo... aquí sola... la casa. No,
Juan Antonio, por favor. ¡Ni hables de eso siquiera!

—Todo puede arreglarse, madre. Todo *debe* arreglarse. ¡Yo no
puedo vivir en esta incertidumbre y cruzado de brazos ni un día más!

—Oye: ¿sabes quién me preguntó por ti el otro día? —insinuó ella
de pronto, apelando a sus medios disuasorios favoritos.

—Lo importante —añadió él reprimiéndose, con tardía percep-
ción de su imprudente apremio—, lo importante es que tenemos in-
tereses que salvar. Que no sabemos en manos de quién están esos
intereses. ¿Se da usted cuenta de lo que significaría para nosotros el
enredo en pleitos o la pérdida de la finca Luz: de esa parte suya del
ingenio Santa Teresa, todavía en litigio con los Luna de Villaclara,
de sus casas del pueblo?

—Pero, ¿y los gastos del viaje? ¿Y mientras tú estás allá?

—No se pescan truchas a bragas enjutas. Algo tendremos que sa-
crificar para no perderlo todo.

—¿Y el bufete?

—El licenciado puede esperarme: ¡y aun ayudarme! Que ya no es
poco lo que mi trabajo significa en su bufete...

Y mientras decía, una tras otra, las razones de orden práctico,
Juan Antonio asombrábase de hallar tantas en su imaginación, quan-
do un minuto antes no pensaba en ellas.

Su idea fija —más difícil quizás que cuanto obstáculo ponía su
madre— era la de enfrentarse al bandolero, al temido Caniquí; ¡y
arrancarle su secreto de algún modo!

Ella vendría después. Porque nada ni nadie le impediría ahora acer-
carse a su prima y resolver de una vez todas sus dudas. Nada ni na-
die..., si ella vivía aún, que bien podía ser tarde.

El suelto del *Diario*, en tanto, le infundía optimismo. Su primer
paso, ineludible, sería el de echarse a la cara al esclavo rebelde,
contra quien a despecho de las nefandas apariencias se sentía exen-
to de inquina. ¡Acaso en la infame protección de Mariceli lo que

latía era el mismo recuerdo de la unión de sus almas, en el instante inolvidable que acordaran separarse! «Amárreme, mi amo, porque si no hoy me *juyo* .» Ante la noble rebeldía del negro ambos habían sentido al unísono. En Caniquí hubo él de hallar estímulo para enfrentarse con el amo. Y ella era víctima también de aquel poder maléfico, despótico, brutal, que jugaba con sus vidas —y aun las de sus verdugos— con la crueldad inexorable de un dios africano.

Pero no: no podía ser cierto que Mariceli protegiese al réprobo. Mariceli era una prisionera de su madre. Don Lorenzo no podía dejar de conocer sus actos, por secretos que fuesen. Acaso doña Josefa Bourés persistía en su benévola acogida del prófugo, y la malicia popular añadía lo demás. Doña Josefa lo ayudaría, seguramente... De todos modos tenía que salir enseguida y llegar a Trinidad antes que el capitán Armona.

Tuvo por varios días la idea de incorporarse a la partida, contribuir personalmente a la captura del bandido, ¡y darle tormento, si fuese necesario, hasta arrancarle la verdad! Era el medio correlativo, sancionado por el uso: el *agrafos nomos* de los amos blancos. Pero como ajena a su sentido más universal y humano de la justicia, esa idea no tardó en desprenderse de sus planes.

Resolvió que iría solo. El capitán Armona iría por mar, a bordo de la corbeta «Aretusa», mientras su gente seguiría por tierra. El teniente de navío, don José María Chacón, que mandaba la nave, era conocido suyo. Y animado por invencibles presagios favorables se decidió a trabar conocimiento con el odioso Armona —perseguidor infatigable de los cubanos patriotas— y preparar sus probables contactos con la partida, allá en Trinidad.

Los asuntos del bufete, en tanto, retuviéronlo en La Habana todo el mes de febrero. Jamás hubiese advertido, en normales circunstancias, la lentitud desesperante, el derroche inexplicable de tiempo con que el monstruoso poder público movía sus tentáculos en cualquier acción legal, cuando promovida honradamente, mientras en los manejos inconfesables y de mejores rendimientos de su jefe y preceptor todo se deslizaba sin otros contratiempo que los ajustes del soborno.

Mas él era esclavo de su trabajo. Y no se trataba ahora de pingües ganancias, sino de humildes testamentarias, emarañadas hasta lo infinito por el cólera. Su jefe sólo se preocupaba por las grandes herencias.

Contra todas sus ilusiones y esperanzas, la Semana Santa lo sorprendió en La Habana.

El sábado del gloria cayó la madre en cama.

Zapó la «Aretusa» en la fecha prefijada, para su recorrido por la costa sur.

Y llegó inesperadamente, una carta de Trinidad. Doña Luciana Borrell agradecía a su buena amiga su recuerdo en el día de su santo. Después, suponiendo a doña Elena enterada, le enviaba su pésame, por la sentida muerte de su prima, doña Celia de Arriaga...

La carta, mil veces leída, no rezumaba ninguna otra noticia. La prima lloró todo el día. El sobrino, contra su ingenua intención de lamentarse también, alcanzó la convicción de que *ella* vivía. Y se sintió optimista: pudo consolar a su madre *ex abundantia cordis*.

—¿No sería más prudente, hijo mío, escribirle otra vez a tu tío Lorenzo, y esperar...!

—¡Madre!

A principios de abril, convaleciente la enferma, fue él quien se sintió físicamente rendido por la incruenta tortura.

Y anduvo en pie, los últimos días, sin probar bocado, con dolores de cabeza, cólicos terribles, noches de fiebre... Petra, compadecida, logró mantener su promesa de silencio hasta el último día... media hora antes de la despedida.

Cuando partió la diligencia de Güines, primera etapa de su viaje, ni el llanto desesperado de su madre conmovió sus nervios embotados. Fue al cabo de dos penosas jornadas, exhausto el cuerpo pero aliviado de impacencias su espíritu, que esclareció en recuerdos los detalles de sus preparativos últimos... y se acusó de ingrato y duro para su madrecita...

Poco a poco, renaciendo entre las inconexas impresiones del andar continuo por pésimos caminos, ora bajo tremendos aguaceros, ora ante los maravillosos panoramas del monte y la manigua casi vírgenes, entre gente extraña y vulgar —mercaderes peninsulares por mayoría—, inquisitiva y parlotera hasta el vejamen, Juan Antonio Luna volvió a sentir las garras de sus dudas, más dilacerantes que nunca. ¿Qué venía él a hacer sin una sola prueba de su interés, de su amor? Él mismo: ¿qué era lo que sentía hacía ella, fuera de su angustioso afán de saber la verdad, de sus rencores contra «el enemigo invisible», de su vergonzoso sentimiento de derrota, del que ahora venía resuelto a librarse de una vez? ¿Qué era realmente *ella* para él? Y él..., ¿qué era, qué había sido, qué podía ser para ella?

La última jornada al fin. A caballo. Jumento, Spingpa, Jíquina, Güinía...

Veinte de abril. ¡Mañana esplendorosa del trópico!

Llegarían a Trinidad a la caída de la tarde.

XVII

La penitencia expiatoria

*...si he encubierto, como Adán, mi pecado,
escondiendo en mi seno mi iniquidad:
¡sea yo confundido delante
de la gran multitud
que el desprecio de las familias me aterre;
que enmudezca también, y nunca salga
de mi casa jamás!*

El libro de Job , 31: 33-34

La estuosa devoción popular de ese año, en la villa diezmada por la peste, allanó a Mariceli de antemano todos los obstáculos. Los penitentes de la procesión del jueves santo se sabía ya que serían muchos, como no se había visto en Trinidad por las generaciones nuevas.

Rosario supo de la promesa de su amita con grande alarma. El negro Azotes, por ella traído a concertar el trato, comenzó también regándose. Para él no era nueva esa penitencia de ir detrás de la procesión. La había visto de niño, llevada a cabo por una mujer, señalada por el pueblo como la autora de la muerte de su marido, aunque la justicia de los blancos no la hubiese hallado culpable. Entre los suyos, antes de aceptar la tentadora proposición, Azotes pidió consejos. Los más viejos, al oír su consulta, movieron negativamente la cabeza. Podría atraerse «salación», si se prestaba a los deseos de la niña. No era lo mismo azotar negros por cuenta de sus años viejos, o mujeres solas, incapaces de aplicar por sí castigo a sus esclavos delincuentes, que presentarse ante todo el pueblo, en el día solemne, fustigar a una niña blanca... ¡y a la hija de don Lorenzo de Pábolos nada menos! Las mujeres oyeron la nueva con espasmo de interés. La casa de la calle Real connotaba otras ideas en ellas, no menos misteriosas y comovedoras. ¡La niña Mariceli de penitente en la procesión del jueves santo, haciéndose flagelar por Azotes! ¿Qué decía de ello Caniquí?

El bandido, con su acostumbrada insolencia, hubo de cominarlo a desistir de aquella «salación» segura, bajo amenaza de acabar con él...

Dos onzas de oro, empero, por tan poco trabajo, era tentación demasiado fuerte para Azotes. Había visto las dos peluconas amarillas rebrillando en las manos de la niña. Una le sería entregada el jueves, al presentarse en la casa, a la hora de la procesión. Y la otra se la daría Rosario, la mulatica linda, con quien por vez primera había hablado, tras de desearlo tanto. El negocio no le presentaba más que ventajas. Y él ya sabía lo que haría. La niña debía ir con la cara tapada. Y sus azotes... sus azotes no serían seguramente como él sabía aplicarlos a aquellos endriagos de su raza. ¡Dos onzas de oro! Así tuviera que salir huyendo del pueblo, y unirse de una vez a Caniquí. Con él y los otros cumbilas correría después la gran rumbantela en Casilda, el domingo de resurrección. Caniquí hablaba mucho y no hacía nada. Alguna vez le tocaría a él. Antes, ser el ruboso, el del dinero. Y se haría acompañar de María Candelas o de Josefa la mulata libre, que lo prefería a él y era la rabia de Caniquí...

Rosario venció también sus propios escrúpulos. Con lo devota que era la amita, aquella promesa no podía sorprender a nadie. A su sensibilidad no escapaba totalmente la exasperación de su ama. Del pasado feliz — fiestas, amigos, viajes a las quintas y al ingenio, y el noviazgo con el niño Juan Antonio — a su terrible aislamiento de ahora, el contraste la acongojaba. Hasta ella llegaba, como un enigma indescifrable, el horror popular contra la casa de la calle Real. Alguna vez había tenido que regar furiosamente la especie de que Caniquí visitaba a medianoche la casa, antes de la muerte del ama. Dudaba de su propia razón o de la de su informante, cuando hasta ella alcanzaba alguna insinuación de ese género.

El jueves, por la mañana, Domingo le pasó recado de Azotes. Mariceli esperaba en un paroxismo delirante, desde el martes que le hablara. No había hecho una sola comida formal, a pesar de sus ruegos.

Azotes aceptaba. Ya tenía la cruz y el borriquito. Podían verlos por detrás de las persianas.

Mariceli, excitadísima, corrió a la ventana de su cuarto. Allí estaba la cruz de su penitencia, atada al lomo del asno. Azotes la había entendido cabalmente. En persona quiso hablarle otra vez, le ordenó dejar la cruz y el borriquito en el traspatio y que volviera a las cinco. Se incorporarían a la procesión al doblar ésta por la calle de la Boca, a entrar en Real, hacia Alameda. Nada tenía él que temer de su padre ni de nadie...

Su voz era firme, aunque la vaga inquietud de su mirada delatase a Rosario la exaltación de su espíritu. Tuvo que hacer un esfuerzo para entender los escrúpulos de Azotes. ¿Qué podía él temer? Ella le pa-

gaba, como lo hacían las señoras solas, dueñas de esclavos malos. Era a ella, sí: no tenía por qué negárselo, a quien debía azotar, y azotar sin piedad, con las disciplinas de su oficio. ¿Las traía consigo? Las mismas. Bien, a despecho del horror de Rosario, que no podía entender su sacrificio. Pero ella lo hacía por inspiración divina y no tenía por qué ocultarlo. Lo hacía por ellos también—los de su raza—, para redimirlos de su pecado. Lo que las gentes viesan con horror, como afrenta para ella, como vergüenza y qorbio para su familia, Jesucristo se lo tomaría en cuenta, en descargo de sus pecados propios, y de los cometidos por los otros a causa de ella...

El nombre del réprobo, sin embargo, no asoló a sus labios. No era necesario.

—Pero, Azotes, pega sin compasión... ¡y que Dios te ilumine! Debía ser él y no tú quien me azotase así ante el mundo, que lo odia y lo persigue, que lo maldice a él y a mí me compadece, cuando fue por mi culpa que él dejó de ser bueno. Pero ya que él no puede ser: ¡hazlo tú por él y por todos los castigos injustos infligidos a los seres de tu raza! Pega duro, Azotes, pega. Me cubriré la cara para no inspirarte lástima: acepto lo que dices, aunque el pueblo no dejará por eso de saber quien soy... A las cinco: no faltes. ¡Rosario! Dáselas ya de una vez, las dos onzas. Ya ves que confío en tí, Azotes. Nada temas. No tendrás que huir, nadie tendrá que perseguirte. Lo hago por mi libre voluntad y por inspiración del cielo. ¡Que él te ilumine y te toque el corazón para que tú también pienses en redimirte y alcances la bienaventuranza...!

Prosiguió para sí su invocación. Y sin añadir una palabra de despedido dejó el zaguán. El verdugo de alquiler volvió dificultosamente de su asombro. Recogió sin avidez las dos monedas de oro que le ofrecían y fue a cumplir las órdenes recibidas. La cruz quedó instalada sobre tres sillas, en la saleta, frente al oratorio. Y junto a ella, el mazo de cuerda.

—A las cinco buelbo, niña, sin falta: asin que bea la prosición salin den templo —asintió con su voz gangosa.

Desde ese momento hasta su vuelta, Mariceli permaneció en la capilla, en constante oración.

Los ecos de la fiesta, en la calle, supliéronle el aviso de las campanas, silenciosas desde la mañana. Cercioróse de que todo estaba listo. Y que la hora era llegada... Entró entonces en su capilla, cerrando la mampara, para salir al cabo de un momento como entontecida, dando trapiés, y se desplomó con un postrer esfuerzo sobre la cruz. Azotes

Llegó a tiempo para suplir la torpeza de la infeliz Rosario, en la tarea de amarrar a su amita querida sobre aquellos leños, como había que hacerlo.

La penitente ya no podía hablar. Por señas, con la mano aún libre, pidió el pañuelo preparado para cubrirse el rostro.

El valor le había faltado a última hora para cumplir su promesa al pie de la letra...

Y después de desnudarse toda, en la capilla, antes de salir al sacrificio, se echó por la cabeza su hábito. La áspera soga disciplinaria atada a la cintura, con que mortificaba su cuerpo desde el domingo de ramos, estorbó la caída cabal de la ruda estameña. Así, descalza y medio desnuda, la ató el verdugo a su cruz.

Entre él y Francisco fijaron después la extraña carga al lomo del burro. Fue una operación difícil, que dio varias veces a la penitente la sensación angustiosa de caer contra el suelo, privada ya de todo movimiento defensivo: ¡hasta de voz para gritar! Oyó las voces de los esclavos tímidos siempre al colocar las vueltas de la cuerda sobre su cuerpo; y sintió las manos de Rosario, bajándole la ropa a cada instante. Al fin, en una posición intolerable, con todo el peso del tronco y las piernas gravitando contra sus ligaduras del cuello, el seno y las caderas, al lado izquierdo, sintió que el animal echaba a andar. Aún no había recibido el primer zurriagazo y ya su cuerpo padecía atrocemente. Los movimientos de la bestia, imprimiendo a la cruz alternativas sacudidas de derecha a izquierda hicieron crujir y hundirse contra sus carnes las cuerdas... Pero una y otra vez el horror instintivo al vacío sobrepujó a sus dolores. Los brazos y las manos, contra su firme voluntad de entrega, pugnarón solos, como separados de la red de sus nervios, por la liberación. Algún grito incoercible se escapó de su garganta.

—¡No, su mercé, mi amita! —sollozó a su lado la voz de Rosario—. ¡No lo haga! ¡No vaya! ¡Ya está bueno, por Jesús bendito!

Marioceli quiso recordarle su juramento... No debía acompañarla, ni de cerca ni de lejos. Su promesa era la de entregarse así, desnuda e indefensa, a los azotes del verdugo; a la vergüenza y el opróbio de las gentes, con un deseo abstruso de provocar su furia y ser por todos maldecida. ¡Que las mujeres y los hombres saciasen en su cuerpo todas aquellas pasiones que ella había sentido tanto tiempo en sus miradas y ademanes furtivos, aquellos ojos extraños, feroces, aquellos bisbiseos reventando de atracción o de repulsa, a cual más virulenta e incomprensible! Quiso no haberse puesto a última hora el hábito que aún defendía sus intimidades pudentes, el lastre odioso de todos sus anhelos

de redención; quiso tener las manos libres para arrancarse a tiras la estameña, ahora que se asfixiaba bajo aquel pañuelo de seda que le cubría la cara, devolviéndole su heroica intención primaria de total desnudez...

Pero a Rosario no llegaban ya sus balluceos ahogados.

Estaban en la calle. A su redor la muchedumbre fue dejándole percibir, paso a paso, que llegaban a la esquina de Boca y Real, donde se hizo un alto. La gente se fijaba en ella: oía sus comentarios, inesperadamente respetuosos. Siguió un murmullo general y un solemne silencio. Pasaba acaso el Cristo milagroso... Pudo articular, para sí, su plegaria:

—¡Heme aquí, Jesús mío! ¡Mírame con tus divinos ojos y dame fuerzas para llegar hasta el fin! ¡Por la gloria de mi madre! ¡Por la remisión de mis culpas y el triunfo de tu misericordia sobre el poder de las tinieblas! ¡Paz! ¡Paz para el alma de los buenos que mis pecados tomaron malos! ¡Llámame a tu lado así, padeciendo como tú padeciste, antes que devolverme a la vida mía, llena de sombras y de dudas mortales, mil veces peores que la muerte misma! ¡Llévame ahora, que sufro esta afrenta con el alma llena de gozo, porque te obedezco! Tuya soy, toda tuya: ¡tómame de una vez!

Otra vez en marcha. La plaza. El descenso hasta la plazoleta de Segarte. Olores de incienso y del humo de los cirios. Murmullo de oraciones. Voces:

—¡Una penitente!

—¡Una blanca! ¡Una niña blanca!

—¡Pobrecita niña! Que Dios la perdone...

—Azotes la lleva. ¡Condenado negro!

—¡Mírala! ¡Blanca! Va descalza. Sus pies son de nácar. Los dedos parecen botones de rosas...

—¡Jesús la ampare, niña!

—Azotes: ¿quién es? Dilo. ¡Qué senos más hermosos! ¡Qué piel más blanca y suave!

—Sus vellos son de oro. ¡Es rubia!

—¡Caminen p' adelante! ¡Paso! ¡No estorben el paso!

Y el murmullo sordo, constante, de enjambre, detrás de las voces. El impulso en vano de gritar, de rogarle al verdugo:

«Azotes ¿qué haces? No pegas. ¿Qué haces? Soy tuya, Jesús. El martirio no llega. Pega, Azotes: ¿qué esperas? ¡Pega fuerte ahora! Las ligaduras se entierran en mis carnes. No puedo más. ¡Pega ya, Azotes, por favor! ¿Qué esperas?»

—¡Qué blanca es! Es una niña blanca la penitente de la cruz. Mira sus carnes sonrosadas. ¡Es rubia! ¡Ha de ser linda como un sol!

—¡Es Mariceli de Pablos, la hija de don Lorenzo!

—La dejó su novio por lo que de ella se dice...

—Se le murió la madre, del cólera, el año pasado.

—Hace penitencia. ¡Y va desnuda! ¡Mírala!

—¡Pobrecita niña! ¡Qué horror, si eso es cierto!

—Quiso meterse a monja. La dejó su novio...

—¡Pobrecita niña, no puedo creerlo!

—Pues hace penitencia. ¡Y qué penitencia! A lo mejor, es cierto...

—¡Es ella, la misma! Se le ven los rizos, por detrás, debajo del pañuelo. ¿No ves? ¡Qué hermosos senos tiene!

—Y tan niña. Mira. Lleva sólo el hábito encima. Las sogas se lo rasgan. Y la carne. ¿Ves? En el costado, junto al seno: ¡sangre!

Conciencia vaga de tiempo y lugar. Lasitud que invade, que aduerme poco a poco todos los sentidos.

Ahora, el *Miserere*, que viene de lejos, muy lejos. De repente un dolor nuevo: la presión súbita y tajante de unas cintas de fuego, en alguna parte de su cuerpo. Los muslos, el vientre. Una y otra vez... El deseo de gritar: «¡Pega más fuerte, Azotes!» Pero las palabras no ascienden a los labios secos. Con la falta de aire la sangre estalla en las sienas. Fiebre. «¡Pega más fuerte, Azotes!»

El coro angélico, a lo lejos, mece la tierra súplica en la ondulante melodía, henchida de recuerdos:

*Rede mihi laetitiam salutaris tui,
Et spiritu principali confirma me...
Docebo iniquos vias tuas, el impii
Ad te convertentur.*

Bruscamente, sobre el dulce cántico lejano y el murmullo monótono, como un eco, a su alrededor, la penitente oyó una voz de ultratumba: la voz imperiosa de un hombre. Y unos gritos de espanto.

La voz:

—¡Que no lo hicieras te dije! Y lo has hecho...

La de Azotes, tímida:

—No é cuenta tuya. Déjame.

Los gritos de espanto, a coro y rompiendo:

—¡Caniquí! ¡Caniquí! ¡Caniquí!

La voz imperiosa:

—¡Suéltala, o te mato! ¡Déjala! ¡Quítate de' emedio! Arza...

Los gritos centuplicanse, alejándose en un revolino sordo, sobre las piedras de la calle. Interjecciones, blasfemias, jadeos de dos hombres en lucha cuerpo a cuerpo, junto a ella. Y el estallido de unos zurriagazos que no dan en su carne. Calma. Calma cercana, como en el cráter de un volcán, mientras la muchedumbre grita y corre ahora a distancia, cada vez más lejos. Miedo al silencio, cerca.

Unas manos rubas, impacientes, estiran y aflojan sus ligaduras a la cruz, renovando el ardor de sus heridas. El asno se inquieta. La voz imperiosa grita al animal. Las ligaduras caen. Unos brazos fuertes la recogen, alzándola en vilo. Caen el pañuelo de sus ojos:

—No se asuste, niña —dice la voz transformada.

Vaho agrio, del cuerpo de un hombre. La lleva en brazos, contra su pecho negro, velludo, desnudo. La gente, a distancia, repite su asombro:

—¡Caniquí!

—Le dije a ese negro que no la sacara. ¿Por qué jase etto, niña?

Libres al fin sus brazos y sus piernas desnudas. Bienestar insólito en su abandono, contra aquel pecho áspero del gigante negro. Las heridas arden, queman en el seno, las caderas, los muslos. Pero ya no se caerá a tierra. La estrechan con fuerza. La llevan andando. Se mueven las casas: la línea ondulante de los tejados sube y baja al compás de la marcha, cuesta de Desengaño abajo, hacia la plaza. Portazos violentos. Gritos de fuga en confusión a cada lado de la calle. Rojo claror de crepúsculo. Y arriba, contra el azul violado del cielo, en contraste con el vuelo sereno de las auras remotas, una paloma blanca cruzó aleteando el espacio.

El negro rostro, casi contra sus ojos desparpavidos, la obligó a contraerse en un relámpago de miedo.

—No me tenga miedo, niña Mariceli. Soy yo mismo. Caniquí, Filmeno. ¿Ya no se acuerda?

Si se acordaba. Y los blancos dientes, en la sonrisa inolvidable, confirmaron labios adentro su afirmativa. Distendió de nuevo sus músculos, en total abandono. Quiso decir algo. Quiso saber primer qué había sucedido: por qué estaba así, en aquel trance, por qué gritaba y corría la gente, por qué estaba ella dolorida, sajada, rendida, medio desnuda y colgando en sus brazos. ¡Caniquí en carne y hueso! Caniquí. Filmeno. El esclavo. El bandido. ¡Su promesa! Y la paloma que había visto en el cielo era la del Calvario. ¡El Espíritu Santo! Certidumbre forzosa de no estar soñando.

-No haga caso la niña cuando le digan que Caniquí éj malo, la gente son maj mala que Caniquí. La gente dice que la niña ej también mala, muy mala. Y yo sé qué nó jasí. La niña no debe bibil en Trinidad, niña. ¡Váyase lejo! ¡Dígale al amo que se la yeve. ¡O al niño Juan Antonio! ¿Dónde está é niño Juan Antonio, niña?

-¡Filomeno!

-¡Váyase lejo, niña. La gente aquí ej muy mala! ¡Maj mala que Caniquí!

-¡Filomeno!

Su voz era trémula, tierna. Su voz quería expresar, en sólo un nombre, como el despertar de una larga pesadilla junto a un ser de confianza, a junto a un ser amigo, vigoroso y leal: ¡como la madrecita muerta no lo fuera en su otro despertar vagamente redivivo ahora en su memoria!

Sus brazos, flácidos hasta entonces, buscaron firme apoyo sobre la nuca del gigante.

-¡Huye tú también, Filomeno! ¡Llévame contigo! ¡Llévame con él, con el niño Juan Antonio!

-Caniquí no sabe donde etá el niño Juan Antonio, niña. La Bana é muy grande. Ta muy lejo. Y Caniquí si pué bibil aquí. Olokún lo protege y el Ánima Sola no pué ná contra él. La gente mala é cobalde. ¡Mírelo como corre! ¡Ja! ¡Cobalde! ¡Pá...!

Escupió contra todos sus profundo desprecio.

-¡Filomeno! ¿Por qué me hablaste de él?

-¿De quién?

-¡Del niño Juan Antonio!

-No me diga ná la niña. Caniquí no tiene la cuppa que la gente son mala y le diga al niño que la niña etá perdía, que Caniquí la perdió. ¡Ah! La niña no sabe. La niña tá inosente como Caniquí lo tubo mucho tiempo, ata que la gente mima me abre lo sojo; endipué de lo bacco y me juye monte y monte ata aquí. Niño Juan Antonio la dejó por eso, niña Mariceli. Vaya bel doña Josefa Buré. Ella sabe tó y se lo cuenta. Caniqui no tiene cuppa. ¡La niña lo sabe!

Llegaron frente a la puerta de la casa. Detrás de ellos, encienciendo el rostro del estupor, acudía ya Rosario. Los había seguido. Con ella, a distancia, los más audaces seguían también a la extraña pareja.

-¡Rosario! -exclamó el réprobo, mientras con suave inclinación dejaba en tierra su carga, frente a ella.

Pero la esclava era un autómata, casi inarticulada.

—¡Adió, niña Mariceli! ¡Que Dió la bendiga, niña! Acuédlese de lo que le dice Caniquí. Adió, Rosario... No me tenga mieo, mulatica, que Caniquí no come gente. ¡Adió!

Dijo, y huyó precipitadamente, callejón del Guarabo abajo.

El sábado de gloria, con el bochorno de la hora prima de la tarde, un transeúnte oyó un pistoletazo, justamente al cruzar frente a la casa del escándalo.

La montura del caballo estacionado a la puerta denunció al solitario testigo, caballero principal de la villa, que don Lorenzo de Pablos se encontraba dentro. Y apenas lo había concluido así, vio su deducción confirmada... Para caer detrás en muy graves dudas. Salió de la casa el propio don Lorenzo, desatinado, tambaleante, se lanzó sobre el caballo y se alejó al galope, como si huyera. De la puerta cochera desprendióse poco después, también precipitadamente, la figura de un esclavo viejo, que pasó, corriendo, por su lado.

Pero el sol era demasiado fuerte, y el caballero tuvo que desistir de su acedro. Pocos días después oyó de labios de su esposa, tesorera de la cofradía del Carmen, la explicación del extraño suceso, a consecuencias del cual curábase de una herida en la espalda la mulata Rosario, esclava de Mariceli de Pablos, y ésta esperaba la llegada de dos hermanitas, enviadas por las monjas teresianas de La Habana, para salir con ellas hacia la capital definitivamente. Las familias trinitarias se verían pronto libres de aquellos escándalos.

XVIII

En lo eterno de la noche

Lequelle de tes-âmes reves-tu immortelle?

ANDRÉ SPIRE: *Tentations*

Vencido, castigado duramente y despojado de su ganancia, perdida en la lucha, Azotes halló al cabo en su magín un medio de vengarse del rival odiado: el héroe tambale de su secreta envidia.

El capitán Armona, hospedado en casa de don Juan de Dios Yepes, como confidencialmente llegó él a descubrir, no quiso recibirlo. Don Juan de Dios, en persona, le aseguró que el capitán había salido huyendo para La Habana, aterrorizado por la fama de Caniquí.

Pero tuvo paciencia. Su secreto no era para confiarlo a otro que al propio Armona. Y a él no le engañaba don Juan de Dios con sus patrañas. El capitán no había salido de Trinidad.

Con la delación atosigada en su alma, tuvo la osadía de ir esa noche hasta María Aguilar. Encontró al adversario, como siempre, generoso e inclinado al perdón. Caniquí repetía a otros amigos y confidentes suyos, su entrevista con don Juan de Dios Yepes.

—No: él no quería matar al capitán Armona...

El sábado por la noche estaba el capitán —su enemigo, que venía a acabar con él— en casa del licenciado Arredondo, acompañado del propio don Juan de Dios Yepes. Y disfrazado de yerbero, como otras veces, con su trabuco escondido entre las hierbas, sin apearse del caballo y toda la calle libre enfrente, para salir después huyendo, había llamado a la puerta, al toque de la oración. Desde la ventana tenía a tiro al capitán: en la casa no se habían dado cuenta de su presencia, y en la calle no se veía ni a un alma. ¡Había estado en sus manos el valentón del jefe blanco!

Pero él nos asesinaba así, a mansalva. Él sólo quería conocer bien al tan mentado capitán, para cuando se lo echase a la cara en el monte o en los manglares: frente a frente, como había matado él a Hernández Visiebo, que era un valiente de verdad. Y así se lo había mandado a decir con don Juan de Dios. De allí, frente a la ventana de la casa, no se había movido hasta convencerse de que el capitán, que cambiara enseguida de asiento, no saldría a pelear.

—¡Que bieran busés a don Juan de Dios Yepes temblando! — comentó con su jerga criolla, todavía retorcida con los vizcanismos de su vida marinera, a bordo de la «San Fernando»—. Pero yo quería na má que conosé bien ak capitán. Y acuchen busés lo que Caniquí le dice: ¡No será ese blanco é'miedda ek que me mate a mí!

Los cúbilas aceptaron regocijados la bravata. Azotes desde su rincón, sonreía para sí.

Supo que para el día 19 Caniquí preparaba una comilona, con la asistencia de María Candelas y de Josefa. Y que no contaban con él. Había perdido, positivamente, el favor del héroe.

Don Joaquin Soler, el alcalde del barrio de Casilda, se le apareció al delator, a la mañana siguiente, como un enviado de los poderes tenebrosos. En él tenía plena confianza. Y descargó con él su fardo de odio.

Al anochecer del día de la fiesta, con sólo ocho hombres de su partida, llegó a Casilda, en un guairo, el capitán Amma. Nadie se dio cuenta del desembarco. Venía triunfante el capitán, desde Puerto Príncipe, que había dejado limpio de bandidos. Y escondidos en Tayabacca los demás de su partida lo esperaban. El éxito del plan contra el famoso Caniquí, terror de Trinidad, de Santa Clara y Sancti Spíritus, estaba asegurado. Para el bandolero, como para todos sus confidentes, con excepción del delator Azotes, la partida huía, ya lejos, rumbo a La Habana, convencido el jefe blanco de su derrota.

Muy de madrugada emprendió marcha el capitán, con el alcalde Soler, el delator y sus ocho hombres, por los marañales de la finca de los Viamonte. ¡Su propio trillo, harto bien conocido por el Judas! Aquel camino estaba sembrado de orishas benévolos para el rebelde. Y de hermanos en la miseria, que del enemigo de la sociedad blanca sólo guardaban recuerdos generosos.

Mientras el delator sólo pensaba en el precio de su traición, que le sería entregado al día siguiente por el alcalde de Trinidad en perso-

ra, don Pedro Gabriel Sánchez, una voz amiga llegó a la guardia del perseguido. Sentado allá, entre las duras rocas, con su caña de pescar en las manos, Caniquí procurábase tranquilamente el sustento del día.

—¡Gente viene, Caniquí, por el trillo! ¡Mucho jambre! ¡Juye!

A los manglares: ¡pronto! A su choza, por el naranjero.

Pero no se puede correr por sobre las cuchillas implacables del seboruco... ¡aunque la vida dependa de cada minuto perdido!

Así fue tarde, efectivamente, cuando llegó a la arena. Por los manglares se oían ya voces. Sus oídos no lo engañaban.

¿La cueva? Por un rato, sí: para salvar al amigo. Fuga y disímulo. ¡Gracias!

Otra vez el seboruco, con sólo su puñal. ¿Quién podía ser el enemigo? Armona, de seguro. ¡Y él, que tuviera su vida en sus manos! ¿Por qué las blancos, fuertes, poderosos, con todas las ventajas para sentar, cazar y pescar, se proponían su muerte? ¿Qué les hacía él con su valor de vivir libre, siendo esclavo?

La marca baja dejaba casi en seco su cueva. Se sentó un momento a pensar, a sufrir. ¿La muerte? No. Lo que él sentía no era miedo a la muerte. El capitán Armona no era enemigo para él, si quería pelear de hombre a hombre. Pero que las cosas sucediesen como se iban sucediendo no le entraban a él en su cabeza. Mejor era el dolor del cuerpo que aquel dolor, para él ininteligible, de la crueldad e injusticia de los hombres...

Voces. ¡Ya estaban allí, a tiro! Y él, desarmado, sin retirada. El mar azul, infinito, delante de sus ojos.

¡Olokún bendito!

Se lanzó al agua, alegre, cantando su estribillo popular favorito:

*Rosa, rosa de Jericó le traigo
a mi vinge morena...*

No era la primera vez que, dentro del agua, se reía él de las balas...

Casi enseguida comenzó a oír el doble eco de las detonaciones. ¡Como allá en Manzanillo, o en Guantánamo! Aquellos manglares... ¿Dónde se refugiaría ahora? En Punta Gorda. Otra cueva acaso. O seguir en el agua, lejos, lejos hasta que se fueran...

Su cuchillo en los dientes para nadar mejor.

Y a cada tiro, a pesar de la sacudida incoercible de sus nervios, con algo como susto, pero no miedo, el cuchillo a la diestra... ¡y la boca libre, para reír a carcajadas...!

¡Blancos miserables, cobardes, que temblaban de miedo en tierra, enfrente de él: y querían matarlo ahora, en el seno bendito de Olokún!

—¡Pum, pum! ¡Blanco é miedda! ¡Tu trabucco no sibbe! No me ba a matá. ¡Pum, pum! Tira ata pasao mañana ¡Pua! ¡Cobadde que pelea a ditansia! Uno, do, tre, cuatro... doze... trese. ¡Trese contra uno, cobadde! ¡Pua, pua!

Vio al grupo dividirse. Unos embarcaron en dos cachuchas de sus amigos pescadores. Otros siguieron por las rocas, siempre apuntando y disparando ahora y luego, a su salir de cada zambullida.

Nada: nada podrían contra él.

Y que tiraran hasta agotar su pólvora, como los de la partida allá en Santa Clara, que le apuntaban con los trabucos inútiles, para amedrentarlo, y con el mismo trabuco, arrebatándoselos de las manos a sus pálidos enemigos, los perseguía a culatazos, o se los tiraba con fuerza entre las patas, para verlos rodar por tierra y pedirle perdón...

—¡Pum! ¡Pum! Tira, blanco, y no pare. ¡Tú ba bel luego quién é Caniquí! ¡Caniquí é puggante, blanquito! ¡Caniquí cura ek cólera!

Sus nervios se aquietaban. Las detonaciones ya no lo sacudían, como al principio.

—¡Date preso negro! —gritó una voz conocida: la del alcalde Soler—. ¡Date preso y te salvo la vida!

—¡Caniquí no cree en blanco con borla! —fue la respuesta—. ¡Caniquí se salda solo!

—¡Por última vez, negro! ¡Date preso! ¡Mira aquí al capitán, en persona! ¡El capitán Armona! ¿Te entregas?

—¡Ese blanco me debe la bía! ¡Que bengá solo! ¡Que bengá solo, ata aquí, con su cuchiyó!

—¡No tiren! ¡Aguarden! ¡Por última vez, Caniquí: entrégate y yo, Soler, te respondo de que salvas la vida!

—¡Caniquí no quie pá ná esa bía suya d'esclavo! ¡Eta é la mía, blanco: eta...! ¡Tó ejto!

Tuvo el capricho de tenderse boca arriba, para expresarse mejor: su vida era todo lo que él veía y gozaba intensamente en aquella espléndida mañana del trópico, de su tierra: el cielo azul purísimo, la canción de la brisa, la caricia del mar. Y allá lejos, la sierra...

Se mantuvo inmóvil, los brazos abiertos, sobre el blando lecho de las quietas ondas, como si oyera en el aire la voz de una madre meciedo su ensueño: madre naturaleza, la única suya, como él esclava de los blancos y como él rebelde, confiada, rierte...

¡Azul! ¡Catalá magnífico! ¡Libertad en lo ancho del espacio: en el aire, en el mar! Libertad, amplitud...

Y así recibió el plomo, que penetró de un solo golpe, destrozándole los huesos del cráneo, librándolo para siempre de sus enemigos, de su instintiva resistencia a la servidumbre.

Y del tormento de pensar.

Del dolor de ser.

Cerca de las seis de la tarde, ya a la vista del pueblo, Juan Antonio Luna y sus últimos compañeros de viaje preguntáronse otra vez por el santo del día.

Que era domingo y estaban a veinte de abril fue lo que quedó siempre en firme.

Pero ya no cabía dudarlo: algo ocurría en la villa.

El alegre tañido de las campanas, todas a vuelo, como sólo se oía en las festividades reales, el sábado de gloria y alguna que otra fiesta religiosa solemne, hubo de llevar hasta los cansados viajeros una jubilosa anticipación de la alegría con que los esperaba Trinidad. Una bullente impaciencia venció en ellos —hasta en el propio Juan Antonio— toda connotación melancólica, ante aquel repique lejano de campanas, aumentando y atenuándose alternativamente, con el vaivén de la brisa. De otro modo la fatiga, el silencio del campo, y aquella dulcedumbre de la tarde, frente al querido panorama natal que iba lentamente desenvolviéndose a su vista, se habrían aunado en la sensibilidad exacerbada del viajero, para invadirlo de tristeza. Llegaba a la meta de su largo viaje con todas sus interrogaciones asomadas a sus sentidos.

El trote de las cabalgaduras se les hizo lento. ¿Qué hora era? ¿Cuándo llegarían?

No podía ser fuego. Para tal repique, repetido ahora con más fuerza, tenía que ser sangre: todo el pueblo ardiendo. Y ellos tendrían a la vista el humo, o el resplandor del incendio. La villa se presentía ya cercana e indenne. Era en las nubes que el sol prendía fulgores rojizos.

—Los incendios, a la hora de la puesta del sol —apuntó el guía— se ven a lo lejos con resplandores verde claro. No hay fuego en la villa...

Él había visto más de un incendio, así, a distancia. Y era muy diferente. Debía de ser otra cosa cualquiera, que él ignoraba. Había sali-

do del pueblo el martes último. Y nada se sabía entonces de fiesta extraordinaria anunciada para el domingo. Ahora hasta san Juan no había fiesta grande en Trinidad, aunque en mayo había una porción de ellas dentro de las iglesias.

Se embotó, al cabo, la ansiedad. Callaron las campanas después, para dejar oír tras un breve silencio, los nueve toques graves, solemnes, de la oración de la tarde.

La charla de los viajeros cesó de repente. Barba y diestra al pecho, en reposados movimientos, los más devotos hicieron su oración...

«Absurdo sálvese quien pueda» pensó Juan Antonio, súbitamente solo y como abandonado en duro trance por todos los demás, cada uno de ellos como en doble espiral, de zenit a nadir, alrededor de sí mismo. Y para acentuar su contraste levantó la cabeza e inhaló profundamente todo el aire que cupo en sus pulmones. «Quién ama verdaderamente a Dios —evocó de su Ética— no puede desear que Dios lo ate a él.»

El camino de la Barranca. El primer hombre, villa afuera, en su jarengo, los serones aplastados. Ya está a voz:

—¿Viene del pueblo, amigo?

—Sí, señores.

—¿Qué pasó en el pueblo...? Oímos un repique... las campanas...

Todas las preguntas se hicieron a la vez.

—Por fin Caniquí logró ser presa de la partía...

—¡Caniquí! —interrumpió una voz extemporánea. Era la del licenciado de La Habana, que del bandido hablara varias veces en el viaje, con extraño interés.

—...y así terminó su vía —concluyó el guajiro—. ¡Cuando nadie lo pensó!

—¿Armona? —preguntó ansiosamente el licenciado—. ¿Fue Armona?

—El mismo. Allá en Casilda, por María Aguilar. El capitán lo mató con er alcalde Soler. En carreta lo trajieron ante'r alcalde mayor, para ser reconocío. Allá tirao lo tienen, n' el parque Jesús María. Lo mandó er gobernador. ¡Ya se acabó Caniquí. Yo mesmo lo víde, crea! ¡Con esto sojo, señor! Que si no, no lo creyera...

Aún respondió a otras preguntas el guajiro. Y cambiáronse al fin los saludos de rigor, antes de seguir cada cual su camino.

Juan Antonio cedió a su impaciencia. Castigándola, como no lo había hecho hasta entonces, para mantenerse entre los demás, su mejor cabalgadura podía ahorrarle algunos minutos de ansiedad. Los mi-

nutos eran siglos ahora para él. Confió al guía su equipaje. Era el único viajero de tal lujo: con un caballo solo para sus maletines, un arca de madera y otras pertenencias.

Se despidió de los otros «hasta luego» y picó espuelas hasta sacar un galope tendido al animal.

Así entró, furiosamente, por la calle Real.

Ya volvería después, pensó al cruzar frente a la casa de *ella*. El jigüe histórico. La calle Desengaño abajo...

Mas la visión fugaz hubo como de clavarle un arpón. Su ímpetu de llegar cuanto antes a la plaza sufrió un colapso. Se dio cuenta de la violencia de su marcha. Las gentes corrían delante de él. Las calles del pueblo parecían de fiesta. Los hombres lo increpaban. Toda una alama, incomprensible para él, que aún no sabía de la tremenda excitación ambiente.

Refrenó su caballo. Y aturdido, como volviendo en sí mismo de algún arretrato, comenzó a reconocer puertas y ventanas, casas, rostros. El caballo, sensible a la incertidumbre del jinete, cerró por su cuenta el paso.

Juan Antonio Luna, con otro esfuerzo de coordinación comprendió que era el blanco de todas las miradas. Lo habían reconocido seguramente. Gritaban:

—¡El novio, el novio! ¡Ahí va el novio!

Pero él no lograba entrar de lleno en ninguna idea. Lo primero era *verlo, saberlo*. Ver el cadáver. Saber que había muerto.

La plaza. Llegó sin darse cuenta. Y otra vez dejó de importarle la gente, ahora más completa, que le cerraba el paso.

Allí, donde se apretaba la muchedumbre, alrededor de un círculo vacío, como la entrada de un hormiguero. Allí estaba lo que él buscaba. Casas, gentes, voces: todo se le caía de los sentidos.

Se abrió paso, sin desmontarse. En la masa de curiosos su inconsciente insolencia de blanco le dejó adivinar la mayoría negra y esclava...

Vio lo esperado. El cuerpo de un negro, tendido boca arriba, los brazos en cruz, más que rígido, roto: sin el ritmo visible de la vida.

Mas, simultáneamente, vio lo inesperado también, con una atracción emocional creciente, como una mancha de aceite sobre la avidez de sus sentidos. Una figura en negro, de mujer. Una mujer, arrodillada junto al cadáver. La silueta de una mujer, cerrada de negro, arrodillada, como en oración, junto al muñeco roto: el cuerpo del prófugo, de Caniquí, el bandido.

Por humano contagio recibió el estupor de todos, antes de oír la menor expresión articulada. Estaba en presencia de una mujer, con finas ropas, rezando sola cerca del cadáver: el cadáver que el pueblo en masa se marcaba a sí mismo un amplio límite de horror para contemplar. Su cabalgadura lo había detenido dentro del círculo del miedo, a algunas varas de la mancha negra, ya un tanto confuso en el polvillo plúmbico del anochecer. Pues la mujer había ido hasta rozar con sus rodillas el endriago negando. *Ella* tampoco le temía.

—¡Ella!

No podía ser otra. La idea no surgió, ni vibró dentro de su cerebro. El cuadro estaba ya impreso, como en tinta simpática. Con Caniquí sacrificado, él intuyó que la veía a *ella*, rezando en alguna parte.

Lo que penetró en su mente, como una lanza al rojo, fue su intuición siguiente, inmediata, del sentido de aquel estupor, entre los otros...

Se volvió a mirarlos, los que estaban más cerca. Había blancos también. Ya no gritaban. En sus rostros se leía el espanto: un miedo vil de ojos dilatados y bellos caídos.

¡El enemigo, visible al fin!

En los púmulos, negros y blancos, contraídos por una mueca oscura, vio malgas, vueltas con insolencia contra él; los ojillos, como huyendo hacia dentro de sus órbitas, eran cuevas de gusanos. Y un colmillo descarnado, en una boca imunda, bailó ante él como una vieja en cueros, flaca, pellejuda...

—¡Canallas! —barboteó de pronto.

Tomó grupa, picó espuelas y se lanzó contra el hormiguero humano, látigo en mano.

Quedaron por el suelo varios hombres, que rápidamente se rehicieron, para correr también. La brecha abierta por el caballo se ensanchó enseguida. Comunicóse velozmente el pánico, y al instante fue la desbandada general, en todas direcciones. Varios soldados, a una orden, cayeron rodilla en tierra, alrededor del cadáver.

El jinete hizo otro viaje rápido, insensible a los gritos, a las imprecaciones y amenazas. Y tras un pestañeo de vacilación lanzó de nuevo la liria bestia, recta a un objetivo: la sombra de la mujer en negro.

Nublado un momento entre la multitud fluyente, su contorno reapareció enseguida, junto a los últimos que ante el ímpetu nuevo del jinete abrieron campo.

Quedó pronto sola, inmóvil, incorpórea: como una aparición, segura de trocarse en humo antes del impacto inevitable.

Y como a su conjuro se detuvo la bestia, levantándose sobre sus patas traseras.

Saltó a tierra el jinete, atropelladamente. Libre el caballo de su carga quiso huir, espantado. Y tirando de las riendas, que aún guardaba en sus manos el jinete, arrastró a éste varios pasos, hasta sentirse otra vez dominado.

—¡Mariceli! —gritó el joven volviendo desesperadamente la cabeza, acongojado, como si el animal lo separase otra vez de ella y para siempre—. ¡Mariceli! ¡Soy yo! ¡Ven! ¡Corre!

La sombra siguió inmóvil.

El vocerío, en tanto, iba cobrando fuerzas. Como olvidados del terror yacente, algunos hombres cruzaron el círculo antes mágico, junto al cadáver del bandido. Entre ellos algunos soldados marcharon también contra el perturbador y la sombra.

Unas veces firmes, iracundas, imponíanse con autoridad de blancos sobre el griterío lastimero y servil de los demás.

—¡Me ha cruzado la cara con su látigo! ¡A mí!

—¡Préndanlo! ¡Que lo prendan!

—¡Llegó como una tromba! Arremetió contra todos...

—El hijo de Stuart se ha roto un brazo. Le echó el caballo encima.

—¡A mí me ha cruzado la cara con su látigo! ¡A él, soldados!

Juan Antonio, en tanto, insistía ya cerca de su presa:

—¡Huyamos, ven! No hay tiempo que perder. ¡Mariceli!

La asió por la cintura, resueltamente.

—¡Juan Antonio!

—¡A la casa, al ingenio, al infierno! Tengo horror a esta gente. ¿Qué haces tú sola aquí?

—¡Juan Antonio!

—Ahora huyamos. Ya vienen. Blancos también. ¡Canallas! He roto mi fusta en sus belfos. ¡Gorilas! Firme. Sujétate bien. Pronto. ¡Así! ahora déjame subir. Agárrate. ¡Ahorázame! ¡Agárrate a mi cuerpo como puedas, con todas tus fuerzas...!

Y otra vez espoleó el caballo, girando en redondo.

—¿Dónde está tu padre?

—No sé. En el ingenio...

Había arrancado rumbo a la esquina de la plaza, por San Procopio. El grupo enemigo, formado en el ángulo contiguo, llegaba ya a ellos. Y con su arranque nuevo el griterío arreció:

—¡Alto! —vociferó un hombre de uniforme, al pasar junto a él.

Juan Antonio espoleaba su animal maquinalmente, su decisión tomada ya. Por Chanzonetas al camino del valle. Quedarse en el pue-

blo significaba esperar quizás al día siguiente para estar junto a ella, significaba hacer frente a aquella gentuza, darse a conocer, molestar amigos... Ahora, por San Procopio, nadie los alcanzaría.

Ella le hablaba. Tenía sus brazos fuertemente cerrados contra su pecho. ¡La tenía junto a sí, tras de aquella arrebatada sorpresa de la plaza! Caniquí, inerte y roto, le había hablado en milagro. ¡De una vez tenía resueltas todas sus dudas!

—¡Nos siguen, Juan Antonio! ¡Nos persiguen! ¡Nos están tirando piedras...! Míralos. ¡Los muchachos también! ¡Juan Antonio!

—No me darán alcance —contestó él, convencido.

El joven confiaba en su cabalgadura.

Pero el cuerpo querido era una carga inquieta que estorbaba sus movimientos. Había de adquirir pleno dominio de sus brazos y piernas. Había que vencer toda delicadeza, sin soltar la presa...

—¡Agárrate a mí con todas tus fuerzas! Al cuerpo... Como puedas... ¡Así! Déjame ahora el brazo libre. ¡Pero agárrate en firme!

Empleado ahora a fondo, el animal corrió enloquecido, hasta aventajar pronto a los perseguidores. Todos los ruidos atenuáronse, al fin, detrás de ellos.

Terminó el empedrado. Y con la seguridad de sus cascos en la tierra, el caballo ganó aún velocidad.

Al silencio de los primeros instantes de la fuga, siguió entre ellos el apremio de entenderse, de explicarse...

Habló ella primero, formalizando sus balbuceos. Su terror se disolvía al fin en la confianza de su raptor.

—Ya es tarde, Juan Antonio. Es tarde. Has llegado tarde, quizás... Voy a entrar en el convento. Vienen por mí unas hermanitas...

—¿En el convento?

—Mi madre lo manda. Llegan en estos días: por mí. Rosario está herida... ¿No sabes?

—¿Cuándo? ¿Quién?

—El sábado. Estoy viva de milagro, Juan Antonio. Pero mi buena Rosario está herida. ¡Y me separan de ella!

—¿Cómo, qué? ¿Qué pasó?

—¡Mi padre! ¡Mi mismo padre, Juan Antonio! Algo horrible fueron a decirle el sábado de gloria. Vino a la casa como un loco, sin decir palabra, resuelto a matarme...

—¿Dónde está él ahora?

-No se sabe. Pero está en el ingenio, seguro. Antonio sabe dónde.
 -Pues al ingenio vamos. Ya daremos con él.
 -¡Tengo miedo, Juan Antonio! No lo conoces bien. Es una fiera. ¡Me odia con sus cinco sentidos!
 -No llores, no te angusties. ¡Yo le llevo la cura de todos sus males!
 -¡Quiso matarme, Juan Antonio! ¡Las cosas más horribles me dijo!
 -¡Está grave Rosario?
 -Está fuera de peligro, dice el doctor Bernal. ¡Dio su vida por la mía, Juan Antonio! Pero el gran poder de Dios quiso que el plomo se aplastase contra el hueso del hombro. De la violencia con que se arrojó sobre mí fuimos a dar las dos en tierra. Y él me creyó herida a mí, muerta acaso. Salió como loco...
 -Esa Rosario es de oro, Mariceli. Será libre... ¡y vendrá con nosotros!
 -¡Con nosotros, Juan Antonio...! ¿Qué dices?
 -Vengo sólo por ti, Mariceli. Hace un mes, ¡hace un siglo!, que tenía este viaje señalado para hoy, para mañana, para el día siguiente. Ha sido una tortura insoportable: una larga pesadilla de la que me parece no despierto todavía. Y al llegar al pueblo: ¡esto! Las campanas a vuelo, que oímos a distancia, me parecen ahora como un sentimiento de mi felicidad...
 -¡Todavía nos siguen, Juan Antonio!
 -No los oigo detrás... A ver...
 -Nos siguen de lejos... Míralos.
 -Déjalos. Ya se cansarán. ¡Ni saben ellos a derecha por qué nos persiguen! Acabarán por tirarse las piedras unos a otros. ¡Están locos de júbilo porque creen que han matado a Caniquí...!
 -¡Es él, Juan Antonio! Lo reconocí perfectamente. El jueves santo me llevó hasta casa. Me arrancó de la cruz, donde yo iba en penitencia...
 -¡Tú, en penitencia!
 -Por la salvación de mi madre, por él... ¡y por ti, aunque tú no lo creas!
 -¡Mariceli!
 -Me arrancó de la cruz y me tomó en sus brazos. Así supe, por sus labios, por qué te habías ido, por qué huiste de mi lado...
 -No hui de tu lado, sino del pueblo. ¡Nada hiciste por verme! Te envié no sé cuántos recados y cartas...
 -Después lo oí todo, y más claro. Fui a ver a doña Josefa Bourés, que ojalá hubiese conocido mucho antes. Era su protectora. Y me

hizo ver quién era en realidad ese negro infeliz. ¡Caniquí no era malo, Juan Antonio! Los malos son ellos, los que celebran hoy su muerte con repique de campanas...

—«¡Anárreme, mi amo, porque si no, hoy me *juyo!*» —evocó él.

—Era un cimarrón empedernido. Amaba la libertad sobre todas las cosas. Era su religión...

—Pues por eso, Mariceli, te decía ahora mismo que Caniquí no ha muerto. ¡Y ojalá no muera nunca! La gente volverá mañana a sentir miedo. Al fantasma del bandido que ellos creen haber muerto, seguirán otros y otros. Y los hombres honrados, los verdaderamente honrados por cierto, tendremos que hacerlos también bandidos, para acabar de una vez con esta maldición de los años blancos y esas hordas serviles de esclavos: los negros de los criollos y los criollos judas del odioso extranjero...

—Hablas de los hombres, según te entiendo. ¿Y las mujeres? Doña Josefa Bourés tiene razón, Juan Antonio: no hay peor esclavitud que la nuestra. Piensa en tu madre y en la mía: ¡esclavas! Y esclavas de todo el mundo, como a mí me toca la desgracia de sentirme ahora. ¡Porque hasta la salvación del alma se me prohibió alcanzar por cuenta propia! Cuando quise abrazar la vida religiosa y tenía mi alma de niña intacta: ¡todos me lo impidieron!

—No yo, por cierto. ¿No te acuerdas? Hice gestiones en La Habana...

—Ahora me arrastran al convento como una prisionera, una tarasca infame, cargada de oprobio, señalada por todos como la última de las mujeres...

—¡He de hacerles besar la tierra que pises! ¡A todos! A tu padre el primero...

—Ya es tarde, Juan Antonio. Ya no soy para ti. ¡No lo fui nunca!

—Te engañas. ¡Pero esta vez no cederé!

—Es que no sabes...

—¿Qué es lo que no sé?

—Ya lo sabrás... ¡como se lo dijeron a mi padre!

—Yo no he oído a nadie, sino a ti. Y he de oírte que me quieres, que me has querido siempre, Mariceli...

Medió un silencio. Marchaban ahora a un trote largo, dejando atrás casas humildes de adobe y guano: las últimas del pueblo.

—¿Nos siguen? —preguntó él, volviéndose.

—No. Tenías razón...

Por un breve instante, con el forzado movimiento, sus rostros diéronse frente, muy cerca uno del otro.

— ¡Tus ojos! ¡Mía! —murmuró él.

Bajó ella la cabeza. Y él atendió de nuevo las riendas. El trote se hizo pronto un paso largo, cómodo. Ambos rectificaron su precaria equitación.

—¿Estás cómoda?

—Sí...

Entraron en el camino del valle silenciosos, incapaces de picotear en palabras sus pensamientos.

—¿En qué piensas, Mariceli? ¿No me oíste? Quiero oírlo de ti, lo que tenga que saber...

Respetó él su silencio ahora.

—¿Por qué la emprendiste contra todos? —musitó ella al cabo.

—¿Contra quiénes?

—Contra la gente, ahora, en la plaza... ¿Cuándo llegaste? ¿Quién te dijo que yo había ido allí?

—Llegaba esta tarde a Trinidad. Por la Barranca, a la entrada del pueblo, supe que habían matado a Caniquí. Y venía obseso con la idea de verlo, de oírlo, de arrancarle su secreto... ¡Perdóname, Mariceli, perdóname! Si he venido es por ti. ¿Por qué otra razón, di, puedo haber sufrido lo que he sufrido hasta este momento, desde hace un mes, un año, un siglo? Vengo por ti porque te quiero: porque lo he ensayado y no puedo querer a otra mujer como te quiero a ti. Cien años que estuviera hablándote no me bastarían a explicarme ni explicarte todo lo que he pensado, sentido y sufrido desde aquella tarde que acordamos separarnos como buenos amigos... Caniquí nunca me separó de ti, Mariceli: ¡al contrario! Nuestra primera comunión de ideas y sentimientos fue en su favor, aquella tarde. De ti me separaron tus padres y mi madre, con su egoísmo, sus prejuicios y su ceguera para los tiempos nuevos: su sentido feudal de la familia... No sé si la maledicencia tiene alguna razón. ¡Quizá la tenga! Pero no me importa. ¡Te lo juro, Mariceli! Si tú me quieres, si me has querido siempre..., ya me explicarás lo demás algún día. Ahora no me importa. Caniquí no es un ser humano para mí, sino un símbolo. También te explicaré yo eso algún día. Y aunque hubiere baldón, de él haría yo gloria. Porque ojalá ese negro, que para nuestro bien o nuestro mal vivirá siempre entre nosotros, nos fecunde a los dos con su avidez de libertad: ¡así en nuestra isla de las palmas los años blancos no vivirán jamás en paz!

—Caniquí vivirá con nosotros, Juan Antonio; tienes razón. Y será para nuestro bien. ¿Me entiendes?

Se apretó contra él. Sus miradas cruzáronse, firmes.

-Te entiendo.

-¿Me crees?

-¡Te creo! ¡Te creo, Mariceli! Y te quiero. ¡Te quiero!

-¡Juan Antonio!

-Tú que tienes los brazos libres: ¡abrázame! Estréchame contra ti. ¡Quiéreme! Por lo que hayas padecido, si es verdad que no has dejado de quererme: ¡abrázame! Así. Ahora: bésame... Tú, sí. ¿Por qué no? ¿No lo has pensado? ¿No lo has deseado nunca?

-Siempre. Ahora lo sé...

-¡Mariceli! ¡Tienes los ojos inundados de lágrimas! ¡Déjame verte! No, no vuelvas la cabeza... ¡Virutas de cobre queridas!

Hundió sus labios, sedientos de caricias, en la fronda dorada. El caballo cerró el paso.

Tras el breve crepúsculo, la noche se les echaba encima, tiñendo de negro los cerdales azules y grises del valle.

-Hagamos un alto. ¿Quieres? -demandó él.

Ella, sumisa, plegándose a él siempre, obedeció:

-¡No encontraremos el camino, Juan Antonio! Ya es de noche. Y quedan dos horas por hacer...

-¿Qué importa? -contestó él.

Ya estaban en tierra. Él la toró en sus brazos, blandamente.

-¡Mírame! -suplicó, mientras con suave firmeza, dueño de su barbilla querida, le impedía su movimiento instintivo de rubor, de sonetimiento-. ¡Déjame ver tus ojos... tus ojos, mía! Así, mírame sin temor. No seré nunca el *amo*. ¿Me entiendes? Ya no tendrás jamás que bajar la cabeza. ¡Así! Mira ahora hacia arriba, más alto: al cielo. ¿Ves esa maravilla de firmamento? Pues ese cielo y esas estrellas de nuestra patria serán por esta noche nuestro techo...

-¡No! -musitó ella, otra vez asustada.

-No conozco bien el camino, mía. Y aquí, bajo estos árboles, puedes descansar tranquilamente. Velaré tu sueño. ¿Por qué no? Creo que me asfixiaría en cualquier parte, que no fuera esta naturaleza nuestra... Soy feliz, Mariceli, como de ningún otro modo, dora del miedo de los hombres, lo hubiera sido nunca: ¡jamás! ¿Y tú? ¡Mírame! ¡Háblame!

-No puedo, Juan Antonio, no puedo expresarme. ¡No sé! Me parece que soy otra. Quiero... quiero y tengo mucho que decirte. Estoy como naciendo otra vez a tu lado...

—¿Cómo te tuerce la voz, mía! ¡Mírame! Más cerca, que ya no se ve. ¡Lágrimas...! Tú naces... Y a mí me parece que he llegado al instante final de mi vida...

—No: no lo digas.

—Tienes razón. Hablar es inútil. Las palabras son como el día, en el amor. Y la noche, los besos. El día parece cosa de los hombres, porque muere y vuelve a morir. De la eternidad lo único que se nos anticipa es esto: la noche. ¿No querías hacer eterno este instante de nuestra vida? Pues bésame... ¡Más! Escucha: ¿no querías que nuestra eternidad fuese como esta noche, hermosa y serena? Pues bésame otra vez. ¡Más! ¡Por qué no! ¡Silencio? Ya te obedezco. Calladito. Pero bésame, sin fin. Entremos con un beso sin palabras, sin amanecer, en lo eterno de la noche...